V. A. CARTER

PUEDO DOMINAR EL MUNDO

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

V. A. Carter

PUEDO DOMINAR EL MUNDO

■

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO



CAPÍTULO I

Fuera estaban las estrellas. Probablemente Krull hubiera podido verlas de poseer órganos sensibles a la luz y los medios para elevarse a diez mil kilómetros por encima del inmenso y alborotado mar que era cuna de los de su especie. Pero, ¿de qué le servirían los ojos a quien vivía en eterna oscuridad, donde ni siquiera llegaba el continuo centellear de las apocalípticas tormentas que, día tras día, durante miles de siglos ininterrumpidamente, azotaban la tumultuosa superficie del océano? Y, ¿cómo sería posible, aunque contara con algo equivalente a unas alas para volar, que ningún ser viviente abandonase las tranquilas profundidades para ascender a la región de las continuas marejadas, con olas de centenares de metros de altura, y luego siguiera subiendo en la irrespirable, densa y opaca atmósfera de letales componentes, hasta asomarse al maravilloso Universo exterior?

Krull ignoraba que existiera nada más allá de las revueltas aguas, ricas en elementos respirables y nutritivas. Solamente sabía que encima se encontraba una zona demasiado alborotada para sus pacíficas costumbres.

Esto era suficiente para él, que no sentía atraída su curiosidad por afanes aventureros.

El *wrain* que albergaba a Krull era uno de los mejores huéspedes que jamás tuviera en su larga vida. Ágil nadador, rápido, capaz de alimentarse con casi cualquier cosa que quedara a su alcance... Era una lástima que aquellos seres vivieran tan poco tiempo, porque ello obligaba a albergarse en cualquier otro que viniera a mano, y no siempre había donde elegir. Por fortuna, las probabilidades estaban a favor de un nuevo *wrain*: el pueblo de Krull, constituido en una especie de pastor, mantenía reunidos un buen número de *huéspedes* desocupados a la espera de cualquier contingencia...

Precisamente ahora escapaba uno de los sometidos a la vigilancia de Krull. Eran estúpidas aquellas criaturas, cuya raza, dispersa en el inmenso mar, tendría pocas probabilidades de sobrevivir más que en precario número; era una ímproba tarea aquella de mantenerlas reunidas. Krull se lanzó en su persecución y, valiéndose de las ondas mentales de su poderoso intelecto, logró reintegrar al *wrain* a la manada, aunque no sin las consiguientes dificultades.

-Son sumamente rebeldes -comentó alguien muy próximo a él.

-No me lo explico -repuso Krull-. Últimamente todos tratan de escapar en la misma dirección.

-Habrán localizado algo extraño. Ya sabes lo curiosos que son.

A primera vista, Krull y su congénere no se diferenciaban absolutamente de los seres que guardaban. Realmente era así, ya que los *krull* eran unos simples parásitos albergados en el interior de los cuerpos de aquéllos.

-Mi *wrain* no descubre nada de particular hacia allí. Sin embargo voy a acercarme. Pudiera ser un *rhezis* o cualquier otra bestia peligrosa.

-Yo cuidaré esta parte de la manada.

Asegurado con esta promesa, Krull partió. Naturalmente, no veía nada. Su *wrain* carecía de órganos visuales, inútiles en aquella estigia oscuridad eterna. Pero no le faltaban medios de orientarse.

Poco después su grupo quedaba lo bastante lejos para que no le llegaran sino los pensamientos de su compañero. Krull preguntó:

-¿Voy bien por aquí?

-Sigues la dirección exacta, ¿No localizas nada aún?

-No... ¡Es decir, si! La temperatura parece aumentar un poco.

-Ten cuidado. Pudiera ser algún monstruo de las heladas profundidades. Ya sabes que a veces asoman por aquí. La temperatura de sus cuerpos les sirve para contrarrestar el frío del medio en que viven.

-No oigo nada. Me acercaré un poco más.

Transcurrió un buen rato. Krull avanzaba con infinitas precauciones, guiándose con las indicaciones de los sensibles indicadores térmicos de su

portador. La temperatura continuaba subiendo lentamente, aunque ningún ser dotado de los sentidos normales habría sido capaz de captar el cambio.

* * *

La astronave *Júpiter*, especialmente diseñada para la exploración del planeta cuyo nombre llevaba, se estabilizó en órbita a un centenar de kilómetros por encima del alborotado mar de nubes que ocultaba la superficie de su objetivo. Hugh Simpson, comandante de la expedición, puso en punto muerto los mandos y volvió la cabeza hacia su copiloto.

-Bien, Bryan. Ya estamos aquí. A partir de ahora serás tú quien dé las órdenes.

Bryan Hill, jefe del equipo científico del *Júpiter*, sonrió. Luego extrajo su pitillera y, ofreciendo un cigarrillo a Simpson, tomó otro para sí. Hasta que hubo exhalado dos columnas de humo por las narices no pronunció palabra.

-Puede decirse que estamos en la frontera de lo desconocido. ¿No es eso, Hugh? Esta órbita es el límite a que se había podido llegar hasta ahora.

-La expedición de Cornwall llegó más cerca. Pudieron obtener muestras de atmósfera.

-Sí, lo recuerdo. Y también que se vieron obligados a emplear casi todas sus reservas de combustible para arrancarse al campo gravitatorio del planeta. Fue necesario enviar una nave de socorro de Marte.

-Lo cierto es que estamos, como quien dice, al alcance de la mano de uno de los pocos misterios que quedan por desvelar en el sistema planetario. ¿Qué opinas que habrá ahí debajo?

-Mis suposiciones son tan buenas como puedan serlo las tuyas. Se sabe que Júpiter, como conjunto, es un planeta poco denso, apenas un cincuenta por ciento más que el agua. Sin embargo, teniendo en cuenta que en ello se incluye la atmósfera, habrá que conceder que la parte sólida es, proporcionalmente, mucho más pesada que el término medio calculado para el total. En realidad, ya hace siglos que se calculó la distribución de sus componentes. Nosotros habremos de comprobar la exactitud de estos cálculos y averiguar la temperatura real por debajo de la atmósfera: hay quien sostiene que es muy baja, en tanto que otros afirman que el amoníaco y metano que componen principalmente su envoltura exterior, permiten la entrada de parte de la luz solar, pero impiden que salga en forma de calor.

-Con lo cual se convertiría en una especie de estufa... -aventuró Simpson.

-Exacto. De ser éste el caso, tendríamos que de la luz recibida del Sol, la atmósfera absorbe algo más de la mitad. Ésta no alcanza la superficie en forma de rayos luminosos, pero sí como calor que no puede ser reflejado por lo antes dicho.

-Sí... Algo de eso he oído decir. ¿Para qué hemos de discutirlo ahora? Ahí debajo -señaló con el dedo hacia la enorme masa que llenaba por completo casi la mitad del firmamento- está la respuesta exacta y sin duda alguna.

-Pues bajemos a comprobarla. Mañana será el gran día.

-¿Estás seguro de que podremos regresar? -Simpson manifestó sus dudas-. La presión debe ser terrible. Un fallo en los nulificadores de gravedad...

-El problema es tuyo, Hugh -Bryan Hill se encogió de hombros-. La cuestión técnica de la nave no es de mi incumbencia.

* * *

La cuestión técnica, como la denominara Hill, no era precisamente sencilla de manejar. Los nulificadores de gravedad impedían que, mientras la nave planeaba en la densa atmósfera, sus ocupantes quedaran aplastados por el enorme peso que les confería la colosal masa del planeta. También había que compensar la formidable presión exterior según se adentraban más y más hacia la superficie. Mil y un problemas, previstos o no, que surgían a cada paso, durante diez mil kilómetros de descenso. Antes de llegar al fondo ya habían solventado uno de los enigmas: la temperatura andaba bastante por encima del punto de congelación del agua, y el calor anulaba en parte los efectos de la presión, impidiendo que el metano y amoníaco de las capas inferiores llegaran a solidificarse.

Por fin alcanzaron el agua.

Un mar inmenso, que dejaba a miles de kilómetros por debajo de su superficie el lecho rocoso sobre que se asentaba. Revuelto, con fantásticos oleajes producto de las apocalípticas corrientes atmosféricas que lo agitaban. La astronave era un juguete de aquel formidable ciclón, haciendo temer a sus tripulantes que de un momento a otro quedara hecha pedazos a pesar de los durísimos materiales de que estaba construida.

-Supongo que la tan cacareada *mar gruesa* de nuestros primitivos marinos sería un juego de niños comparado con esto -murmuró Hill zumbonamente-. No sé ya dónde me corresponde asentar los pies, si en el techo, el suelo o encima de tu estómago.

-Te aseguro que, aunque hicieras eso último, yo no me enteraría. Creo que he olvidado mis vísceras en el camarote.

-¿Nos zambullimos? -inquirió Bryan con dudas.

-Pues... no estoy muy tranquilo, la verdad. Pero, ya que estamos aquí...

-Abajo descansaremos un poco. A cierta profundidad el agua estará tranquila.

-¡Adelante, pues! Con tal de salir de esta montaña rusa, cualquier lado me parece bueno.

Aprovechando la coincidencia de tener el morro de la nave enfilado hacia abajo, Simpson puso en marcha los motores para precipitar al *Júpiter* entre dos enormes olas, cada una de las cuales les causaba la impresión de contener más agua que el mar Mediterráneo. El aparato tembló en toda su estructura al impacto con el líquido elemento, se sumergió, fue arrastrado hacia arriba, dio un sinfín de vueltas sobre sí y, finalmente, quedó estabilizado.

De momento se encontraban a salvo.

* * *

Krull no encontró nada que pudiera explicar aquel aumento de temperatura en el agua. Lo único que logró averiguar era que el leve calor desaparecía rápidamente y que únicamente se había originado en un pequeño sector; además, según se incrementaba la profundidad, también era mayor la alteración térmica.

Pero Krull no se atrevió a descender demasiado: era peligroso. No obstante hubo algo que tuvo relativa importancia y le obligó a lanzar una llamada a los suyos.

-¡Una colonia de *brellen* se ha desplazado hacia aquí! -anunció, luego de explicar lo infructuoso de su exploración. No necesitaba decir más: los *brellen* eran unos diminutos calamares, alimento preferido de los *wrain*, y formaban un verdadero enjambre de millones de individuos a su alrededor. Su grupo tenía la alimentación asegurada por algún tiempo.

Krull y su gente acostumbraban a introducirse entre aquellos animalitos, diezmando sus numerosas colonias. Naturalmente, era imposible aniquilarlos. Los *brellen* no huían; simplemente iban desapareciendo al ser comidos, hasta quedar tan pocos que no valiera la pena seguir allí. Entonces los *wrain* se marchaban a la busca de otra nueva fuente de subsistencias.

Pero estos *brellen* se comportaban en forma un poco extraña. Luego de dejarse comer durante un lapso de tiempo indefinido, iniciaron una extraña emigración en contra de sus sedentarias costumbres. Naturalmente, los *wrain*, impulsados por sus parásitos conductores, los siguieron.

Fue una peregrinación no demasiado larga.

Si Krull hubiera dispuesto de algún medio de calcular el tiempo habría dicho que se desplazaron durante un par de días a moderada velocidad. No lo tenía, sin embargo, e ignoraba que tal cosa existiera. Pero sí poseía, en cambio, unas antenas sensibilísimas a los cambios térmicos, y mucho antes de alcanzar su destino sabía que los *brellen* marchaban en busca de otro misterioso lugar semejante a aquel en que se reunieran poco antes. Por lo visto se encontraban más cómodos en ambiente algo más cálido.

Sin embargo, ahora había una novedad. Una novedad que iba a poner

en contacto a dos inteligencias, tal vez no antagónicas, pero sí diferentes en la concepción de la vida. Dos inteligencias cuyo encuentro señalaría un hito fundamental en la Historia del Universo.

En el centro de aquella extensión de agua cálida había un monstruo. Un monstruo colosal, inverosímil. Krull, que a lo largo de su dilatada existencia llevaba contemplados prácticamente todos los especímenes de la fauna y flora de su mundo, no había visto jamás objeto tan voluminoso.

-¿Qué será eso? -fue la pregunta incontestada que corrió a lo largo, ancho y profundo de la congregación krull.

Poco a poco fueron perdiendo el pánico inicial. Los *brellen* se aproximaban impunemente y no ocurría nada. La curiosidad de los *wrain* se contagió a sus amos según disminuía el miedo. Y empezaron a encontrar pequeñas soluciones parciales al enigma.

-Está vivo, pues despide calor.

-Tal vez esté dormido: apenas se mueve.

-Su cerebro funciona. De su interior surgen pensamientos.

-Es un ser múltiple: los pensamientos corresponden a varias individualidades.

-Las imágenes mentales que emite están muy amortiguadas, pero resultan poco menos que incomprensibles a veces. Expresan conceptos extraños.

-¡Uno de ellos ha deseado encontrarse en un lugar extraño! No he captado bien lo que pensaba, pero era un sitio falto de agua, ¡Inverosímil!

-Son varios seres independientes entre sí.

-El monstruo que los contiene está hueco: no hay agua en su interior.

-Morirían si salieran aquí fuera.

-Lo que tocamos nosotros es una especie de piel protectora en que se envuelven.

-¡Cuidado! ¡Acaba de extender un tentáculo y ha capturado varios *brellen*! ¡Está definitivamente vivo, y come!

Desbandada general. Pero la curiosidad era muy grande. Debidamente calculada la longitud del *tentáculo* que realizara la captura poco antes, los krull se acercaron de nuevo... aunque a prudencial distancia.

Y de pronto fue Krull el que se encontró enfundado en una especie de red rígida, atraído implacablemente hacia el monstruo. Una enorme boca se abrió, tragándole sin producirle el menor daño. La red desapareció y Krull quedó nadando en un estrecho recinto apenas capaz de contener el cuerpo de su *wrain*. A su alrededor revoloteaban cuatro o cinco *brellen* atrapados al mismo tiempo que él.

El contacto con sus compañeros del exterior no se había interrumpido, si bien resultaba algo dificultoso. Ahora captaba con más nitidez los pensamientos de aquellos extraños seres que habitaban, posiblemente

parásitos como él, en el cuerpo del colosal monstruo. Pero seguían siendo poco menos que ininteligibles. Lo único que sacaba en claro era que deseaban llevarle consigo, vivo si era posible. Sin embargo, otro se opuso.

-Es muy largo el camino y nos daría mucho trabajo. Le...

La expresión que siguió, aunque parecía contener implícito el significado de *matar*, no era exactamente esto. Otro sugirió:

-Tenemos dos. Ned acaba de comunicarme que ha cazado otro.

-Pues guardaremos uno, y el otro lo estudiaré aquí mismo.

Krull entendió que a quien había que estudiar era a él. Y se supo muerto, pues había captado la noción de que el *estudio* consistía en hacerle pedazos para averiguar lo que tenía dentro.

Transcurrió lentamente el tiempo. Krull, espoleado por el hambre, dejó limpio de *brellen* su encierro. Sus compañeros le informaron de que el monstruo ascendía hacia las revueltas regiones superiores, pero a él apenas le interesaba aquello pues estaba medio desfallecido de inanición. Además los pequeños conductos de renovación del agua habían sido cerrados y apenas podía respirar.

Luego ocurrió algo raro. Alguien enterado le habría dicho que la nave estaba elevándose a toda velocidad en la tumultuosa atmósfera, y la presión disminuía. Por fortuna, el agua sólo podía descomprimirse hasta cierto punto, y al ocurrir el fenómeno en forma gradual, Krull no estalló como una colosal bomba; pero se encontraba incómodo. Los hombres comenzaban a eliminar la atmósfera suplementaria del interior de la astronave, con que habían impedido que ésta quedara aplastada.

Krull estaba muriendo. Lo sabía. Aquel fenómeno de la descompresión era intolerable, pese a la forma gradual en que se realizaba.

El *wrain* agonizaba y Krull sintió iniciarse el fenómeno, siempre doloroso, de su división. El fin estaba próximo, pues. ¿Dónde se alojaría ahora?

Con los restos de su consciencia sintió que el agua desaparecía a su alrededor. Sólo el instinto ancestral de supervivencia, sin nada de voluntariedad por su parte, podía impedirle morir de un modo definitivo... si se daban las condiciones apropiadas.

* * *

-¿No habrá peligro, capitán? -preguntó el individuo de aspecto simiesco que respondía por el nombre de Mike Williams.

-Ninguno -rió Simpson-. Está muerto, ¿no? Cógele de esos apéndices que lleva junto a la cola y yo lo tomaré de las aletas. No pesa aquí. Estamos en vuelo libre.

-Parece un tiburón...

-Pero ciego. ¡Vamos de una vez!

Los dos hombres aplicaron sus manos sobre los lugares indicados, y casi instantáneamente se soltaron.

-¡Diaa... blos! ¡Está quemando! -bramó Williams.

Hugh Simpson miró algo aturdidamente la palma de su mano derecha, que le escocía levemente. En la izquierda no sentía nada.

-Nos pondremos guantes para trasladarlo. Luego iremos a que nos vea el doctor -había palidecido, temiendo ser víctima de algún exótico envenenamiento.

Luego llevaron el *wrain* al quirófano preparado para él, donde el equipo de biólogos practicaría una disección a fondo. El otro, junto con varios especimenes más, sería mantenido en hielo para llevarlo a la Tierra.

* * *

Krull comprendió rápidamente.

CAPÍTULO II

-¿Vas a acudir a la cena de gala esta noche, Bryan?

-No.

Bryan Hill levantó la cabeza de su banco de trabajo al responder con aquel rotundo monosílabo. Sonrió al contemplar a la persona que se le había dirigido. Todavía, pese a llevar varios meses de casado, se negaba a aceptar su fantástica suerte al haber conseguido aquella preciosidad de esposa. Laura era... bien, indescriptible: cualquier retrato suyo que quisiera formarse con palabras resultaría borroso ante la realidad. Una descripción somera diría que era alta, aunque no demasiado para su sexo, morena y de regulares facciones que sabían expresar a la vez una ternura incomparable y una fuerza de voluntad férrea. En cuanto a su aspecto físico... bien; cualquier diosa de la antigüedad clásica habría palidecido de envidia en su presencia.

-¡Pero, Bryan...! ¡Ya es la tercera vez que haces oídos sordos a una invitación de Hugh! Te va a tomar entre ojos.

-Lo dudo. Me conoce de sobra para saber que no soy aficionado a los guateques. En ellos no se obtiene otra cosa que dolores de cabeza causados, a medias, por el exceso de licores y la charla insustancial de los imbéciles que revolotean siempre en torno a quien puede hacerles algún favor.

Laura Hill encontró un lugar despejado sobre la mesa y de un ágil salto fue a acomodarse allí. Sus ojos acariciaban suavemente al mirar a su marido.

-Yo opino que debieras ir. Necesitas distraerte un poco. Siempre encerrado aquí...

-No trates de convencerme, Lory. Cuando termine con esto nos tomaremos un mes entero de vacaciones en el lugar que elijas.

-Bien... -la señora Hill abrió los brazos en ademán resignado-. Esperaremos... Pero conste que Jake también me ha advertido de lo mismo.

-¡Pero si estoy de acuerdo! -protestó Bryan-. Lo que ocurre es que quiero terminar cuanto antes. Si ahora me lo dejara, sería peor: me encontraría incapacitado de concentrarme en otra cosa. Un poco de paciencia, Lory. Es cosa de unos días.

-Sí... Como siempre -sonrió ella bajando de un salto para ir a situarse a espaldas de su marido-. Afortunadamente me voy acostumbrando ya. ¿Qué es eso?

-Uno de los tubos en que van insertados los electrodos -respondió sin levantar la cabeza. Valiéndose de unas delicadas pinzas tomó la diminuta pieza y en breves segundos la incrustaba en un orificio de una especie de casco metálico. En realidad era más bien un enrejado. Bryan tomó el ligero armazón, sosteniéndolo en el aire ante sí-. ¿Te das cuenta de lo que

significará esto para muchos desgraciados que han perdido la visión? Los casos incurables de ceguera ya no lo serán. ¿No comprendes por qué quiero terminar cuanto antes? Hay millones de seres ansiosos por recobrar aquello que perdieron o que no han poseído nunca...

Laura asintió, sonriendo con simpatía. Su marido era como un niño cuando hablaba de su invento, y ella, pese a saberse de memoria todas aquellas explicaciones, la génesis de la idea que le llevó a poner en práctica el proyecto, y los principios generales en que se basaba, le hubiera escuchado horas y horas...

-... La idea me la dieron aquellos animales jovianos que capturamos en nuestra expedición. Se trata de un principio mucho más efectivo que los hasta ahora empleados con engorrosos aparatos de radar o ultrasonidos. El aparato no necesita generador eléctrico alguno, pues la energía la proporciona el mismo cerebro del paciente, y éste es afectado de un modo directo con la recepción, *viendo*, incluso con una leve graduación de colores, las imágenes que el sujeto tiene ante sí. Es casi lo mismo que si contara con verdaderos ojos. Y de la forma en que lo estoy construyendo resultará prácticamente invisible bajo un cubrecabezas cualquiera, o incluso disimulado entre el cabello. Fíjate.

En efecto, el liviano enrejado se acomodaba perfectamente a la forma de su cráneo, y la abundante y rebelde cabellera rojiza lo ocultaba a la perfección.

Un zumbador dejó oír en aquel momento una agradable melodía en otro rincón de la casa: alguien había abierto la puerta de entrada.

-¿Quién será el inoportuno...?

Laura salió del laboratorio, dejando a su marido frente a un espejo, mientras con un peine procuraba liberar parte de su cabello aprisionado bajo la red metálica. Uno de los electrodos le producía una leve sensación de pinchazo: habría que corregir aquello.

Trató de sacarse el casco. No era tan fácil hacerlo rápidamente sin riesgo de deformarlo.

-¡Bryan! ¿Dónde te has metido, granuja?

-¡Hugh! -se volvió, sorprendido, olvidando lo que había estado haciendo. Rápidamente pasó al otro departamento de la casa para precipitarse en brazos del rubio general Simpson, Director de la Agencia del Espacio-. ¿Qué se te ha perdido por aquí?

-He tenido la seguridad de que te olvidarías de mi invitación, como las otras veces. Vengo a buscarte.

Bryan se separó, levemente aturdido, Simpson también parecía algo perplejo y miraba fijamente a su amigo.

-Sabes que no iré, Hugh -sonrió el investigador, recuperándose el primero-. Ya me conoces de sobra. Estoy dispuesto a que me invites a una

reunión particular, una excursión... cualquier cosa, o hacerlo yo contigo. Pero esos banquetes oficiales me cargan. Precisamente se lo decía a Laura hace unos momentos.

-¿Qué le vamos a hacer? -se resignó el general-. Pero conste que sólo a ti te paso por alto esos desdenes. ¿Cómo andas con tus trabajos?

-Progresando.

Se hizo un breve y embarazoso silencio. Laura miraba del uno al otro sin comprender.

-¡Pero, siéntate, Hugh! ¡Estás en tu casa! -ofreció la muchacha.

-Es un poco tarde, Laura. Otro día vendré a haceros una verdadera visita -y se retiró rápidamente, como ansioso de alejarse de allí.

Laura se volvió hacia su marido, no poco intrigada.

-¿Qué le ocurre a Hugh? Lo he encontrado raro. .

Bryan no respondió de momento, limitándose a ir hacia la puerta y accionar el pestillo de seguridad. Luego se quedó mirando con fijeza a su mujer.

-No lo comprendo -dijo al cabo de unos instantes, moviendo la cabeza.

-Hablas en enigmas, Bryan. ¿Qué es lo que no comprendes?

Éste tardó en contestar. Primero se sentó en una de las cómodas butacas, haciendo seña a Laura para que le imitase. Había olvidado totalmente el trabajo que tantas preocupaciones le proporcionara hasta pocos momentos antes.

La muchacha obedeció sin disimular su asombro ante aquel extraño comportamiento. Bryan solía ser de carácter alegre aún en medio de las más serías circunstancias; sin embargo su expresión no podía andar más lejos de lo jovial en estos instantes..

-¿Qué sucede?

-No lo sé... Precisamente quiero hablar contigo para ver si entre los dos lo averiguamos.

-Habla -Laura comenzaba a ponerse nerviosa ante los titubeos de Bryan. Hubiera querido forzar una sonrisa a sus labios, pero le resultaba de todo punto imposible.

-Tú sabes lo que era Hugh antes de la expedición a Júpiter, ¿verdad?

-Sí. Un capitán de las Fuerzas Espaciales. Él mandaba vuestra nave.

-¿Te has preguntado alguna vez cómo le ha sido posible ascender tan rápidamente hasta su actual posición?

-En más de una ocasión. Reconozco que es inteligente... mucho más que el término medio. No creo que su carrera termine ahí. Sin embargo, es extraño que haya logrado todo esto en dos años, cuando necesitó cinco para llegar a capitán. Tal vez se trate de un caso de brillantez retardada, aunque...

-¿Qué?

-Nada. Simplemente tengo mis dudas, pero no sé definirlas.

-Es decir: hay algo que te suena a falso en Hugh.

-Sin ánimo de ofender... sí. ¿A qué viene todo este interrogatorio?

-Acabo de hacer el descubrimiento más asombroso que puedes imaginar, Lory.

La muchacha le miró severamente.

-¿No eres capaz de concentrarte un segundo en lo que hablas? Me estabas diciendo...

-Y continúo con ello. El descubrimiento lo he realizado en la persona de Hugh.

-Veamos de qué se trata.

-He leído sus pensamientos.

Laura se quedó de una pieza, no sabiendo si echarse a reír o tomar en serio lo que decía su marido. Finalmente, optó por un término medio.

-¿Estás seguro de no haber trabajado en demasía últimamente? -estaba preocupada-. Ya imaginaba yo que tanto tiempo encerrado en el laboratorio, dedicado exclusivamente a ese aparato, traería...

-¡Escucha, Lory! -le interrumpió Bryan secamente-. ¿No es cierto que cuando Hugh se marchaba has pensado que le convendría ir pensando en casarse?

-Sí, pero... -se cortó de súbito-. ¿Cómo lo sabes?

-Porque él ha captado tus pensamientos, y yo los he tomado de su mente. Hugh es telépata, por muy fantástico que pueda parecerte. Los dos nos hemos sorprendido al encontrarnos: él por no poder saber lo que pensaba yo, y yo precisamente por el motivo contrario. Ha estado tratando de hurgar en mí, no consiguiendo otra cosa que transmitirme sus ideas.

-¡Es imposible! Me dices que Hugh es telépata, y luego resulta que eres tú quien le ha robado sus pensamientos... ¡No lo comprendo!

-Yo tampoco... es decir, ¡sí! ¡Si está claro! ¡El casco que llevo todavía! Posiblemente sea ésa la causa.

-Tal vez -Laura seguía mostrándose escéptica, aunque no totalmente incrédula.

-Y lo poco que he descubierto -continuó Bryan- es fantástico. Increíble más bien, diría yo. Hugh es un peligro para la Humanidad.

-Llegas muy de prisa a esa conclusión, Bryan -trató de apaciguarle ella.

Bryan, por su parte, contuvo el estallido que la incomprensión de su esposa amenazaba provocar en él.

-No. Ten en cuenta que sé lo que piensa... o, mejor dicho, lo que pensaba mientras ha estado aquí. Y una idea que se ha apuntado en su mente es que yo puedo representar un obstáculo ante esa inmunidad que he adquirido, y por tanto amenazar sus ambiciosos proyectos.

-¿En qué consisten?

-No lo sé muy bien, pero son grandiosos. De eso tengo la seguridad. No reconozco al viejo Hugh. Parece otra persona.

-Háblale francamente. Ese aparato tuyo puede servirle de mucho.

-Si supieras lo que yo, no dirías tal cosa, Laura. Siempre has solido ser muy desconfiada, pero al parecer se han invertido los papeles. Ahora soy yo quien desconfía, porque sé que los fines que persigue Hugh son egoístas, ambiciosos y malignos. Tengo que luchar contra él.

-¿Tú solo? -se asombró ella-. ¡No sabes lo que dices! Hugh es muy poderoso.

-Y lo será más, si no se le detiene, Laura. ¿No lo comprendes?

-No, Bryan -replicó la muchacha secamente-. No lo comprendo, porque ni siquiera sé si tomarte en serio.

-¿Quieres decir que no me crees?

-No digo que mientas, cariño -le tomó afectuosamente de la mano-; pero me parece demasiado fantástico lo que me dices para aceptarlo de golpe. Prefiero creer que todo es fruto de la fatiga.

Bryan le dirigió una mirada, que tenía algo de desesperación y abatimiento a la vez.

-Admitámoslo -dijo en tono resignado. Hundió la cabeza entre sus manos, permaneciendo así unos momentos; luego levantó la mirada hacia su mujer. Sonreía levemente-. Pero, ¿no te parece que podríamos llegar a una especie de compromiso entre tus opiniones y las mías?

-¿Qué clase de compromiso?

-Yo creo que Hugh es un telépata animado de siniestros designios. Tú afirmas que es sólo imaginación mía. Contra mi convencimiento de que la red metálica del casco obstruye su facultad, transmitiéndola en lo que a él concierne, sostienes la opinión contraria. Y, finalmente, cuando yo digo que hay que luchar contra él, tú te opones. ¿No es eso?

-Exactamente.

-Pues bien: renuncio momentáneamente a mi última pretensión, pero a cambio de que consientas en llevar un casco similar al que yo no me he quitado todavía.

-¡Pero eso es absurdo, Bryan! -protestó la muchacha.

-Posiblemente. Sin embargo yo quiero estar completamente tranquilo. Sabes que ésa es una condición necesaria para desprenderme de las obsesiones. Te pondrás en la cabeza un artefacto como éste y luego iremos a despedirnos de Hugh. Unos días en cualquier rincón aislado nos harán bien a los dos.

Todavía siguieron discutiendo largo rato, pero Laura quería demasiado a su marido para oponerse resueltamente a lo que consideraba una excentricidad. Y, puesto que Bryan se empeñó, como condición sine qua non, en que se encasquetara el famoso objeto, acabaron llegando al acuerdo

propuesto por él.

-Aceptado -concedió por fin, como único medio de lograr su otro objetivo-. ¿A dónde, y cuándo, nos vamos?

-A Base-Luna. Dentro de tres horas sale un cohete.

-¡No disponemos de tiempo! -protestó Laura-. ¡Hemos de preparar el equipaje!

-De todas formas lo que tenemos aquí apenas nos servirá. Llena un par de maletas con lo más imprescindible: en Base-Luna compraremos lo demás... ¡y luego a reposar en Posidonius!

Laura, que comenzaba a moverse hacia una puerta para obedecer la sugerencia de su marido, se detuvo en seco:

-¡Oh, no, Bryan! Tengo muchas ganas de ver a Jake, pero eso no será descansar para ti. Os enzarzaréis en vuestras interminables disquisiciones...

-Nada de eso, te lo prometo. Estoy dispuesto a descansar, y únicamente descansar, bajo la cúpula de la estación. Como tu hermano intente nombrar la ciencia ni por aproximación, ¡le parto la cabeza!

Moviendo la morena cabellera sin demasiado convencimiento, Laura terminó de salir. Bryan empuñó el micrófono del audiovisor y se puso al habla con la residencia de Hugh Simpson. Su Excelencia el Director no había llegado aún, pero, si el señor Hill deseaba dejar algún recado para él, se lo comunicaría en el acto.

-Sí. Dígale que salgo de vacaciones para unos días. Estoy necesitado de descanso. En el supuesto de que me necesite para algo, podrá encontrarme en la Cúpula de Experimentación del Circo Posidonius, en la residencia del doctor Menzies.

-Eso es en la Luna, según creo. ¿No es así, señor Hill? -inquirió el secretario para asegurarse.

-Exactamente -repuso Bryan con una sonrisa.

* * *

-Si me preguntas, te diré que tengo la impresión de que todo el mundo me mira para averiguar por qué llevo la cabeza envuelta en este armatoste.

-¡Tonterías! No se te nota en absoluto.

Se encontraban ya en ruta hacia la Luna, a bordo de una de las naves de la línea regular de pasaje, luego del transbordo en la Estación Espacial Número Siete que giraba alrededor de la Tierra. El *tranvía*, como se le llamaba familiarmente por causa del relativamente breve recorrido que realizaba, era la antítesis de la esbelta nave del espacio que la gente de tiempos pretéritos gustaba de imaginarse: en realidad consistía en una especie de enorme rueda en cuyo cubo estaban instalados los aparatos de propulsión, mientras los departamentos de control, carga y pasaje aparecían distribuidos a lo largo de la llanta que giraba a pequeña velocidad para

crear una ilusión de peso con la fuerza centrífuga.

Laura iba a rebatir airadamente la afirmación de Bryan cuando una azafata se próximo a sus asientos, portadora de una pequeña caja cuadrada.

-Llamada para usted, señor Hill.

Depositó la caja en un soporte especial, hizo unas pequeñas conexiones y se retiró con una sonrisa.

-Gracias -murmuró Bryan-. ¿Adivinas de quién es, Laura?

-De Hugh, sin duda alguna -repuso ésta instantáneamente. .

-Esa es mi impresión. Sospecho que nuestro precipitado viaje tiene todo el aire de una fuga. Veamos.

Hizo girar un botón, se colocó los pequeños auriculares y, luego de oprimir otro resorte, pudo comprobar que su suposición era acertada. La imagen de Hugh Simpson apareció en la diminuta pantalla.

-¿Qué hay, Hugh?

El otro no lograba disimular su irritación pese a la sonrisa que contorsionaba sus facciones.

-Eso mismo podría decir yo. ¿A qué se debe esa repentina e inesperada salida, Bryan?

-Cuestión de mi mujer, hijo. Luego de tu visita se ha empeñado en que necesito una breve cura de reposo. Dice que me estoy convirtiendo en un misántropo.

-De todas formas, no creo que te hubieras muerto con esperar un día o dos. ¿En qué sitio piensas parar? ¿En Base-Luna?

-No. Estaré en Posidonius con Jake, mi cuñado. Si necesitas algo de mí, puedes llamarme con toda facilidad.

CAPÍTULO III

Luego de la breve conversación con Bryan Hill, Simpson pulsó un timbre, diciendo seguidamente a su secretario por el intercomunicador:

-Busque al capitán Williams. Necesito verle inmediatamente.

Las barras de capitán, el flamante uniforme y el cargo de Jefe del Servicio de Inteligencia creado por Simpson para la Agencia del Espacio, no habían logrado eliminar en Mike Williams aquel aspecto de gorila que siempre fuera su característica más acusada. Apenas un minuto más tarde hacía su aparición en el despacho de Simpson y, sin ceremonia alguna, luego de asegurarse de que la puerta quedaba perfectamente cerrada, se acomodó en una confortable butaca y tomó un voluminoso cigarro de la caja que quedaba a su alcance.

-¡A la orden, capitán! -sonrió con toda la boca-. ¿Qué hay de nuevo?

-Has estado bebiendo otra vez, Mike. Te he dicho muchas veces que no nos conviene.

-¡Bah! No te preocupes, Hugh. Sé mantener la boca cerrada y los oídos abiertos.

-A pesar de todo, procura reportarte. Sabes que no nos conviene llamar la atención más de lo preciso. Deberías limitarte a beber cuando estés solo en tu casa. En cuanto a esa mujer que ha sido vista contigo últimamente...

-¡Déjate de sermones, Hugh! -le atajó Williams, irritado-. ¡Ya me voy cansando de ti! El día que quieras, disolvemos nuestra asociación. Puedo sacarme un buen pasar yo solito, sin necesidad de ser un segundón tuyo.

-¿Crees que puedes separarte de mí, así con esa facilidad? -inquirió Simpson amenazadoramente.

El otro abrió y cerró experimentalmente las monstruosas manos, pero por fin se echó atrás sobre el respaldo de la butaca, riendo en forma estentórea.

-¡Ja, ja! ¡Eres grande, Hugh! -las lágrimas casi se le saltaban a causa de la hilaridad. Sin embargo dejaba translucir que el otro le dominaba. Dominándose al cabo, inquirió-: Supongo que no me has llamado para echarme un responso. ¿De qué se trata?

Simpson tardó unos momentos en contestar. La ira le dominaba y muy gustosamente hubiera dispuesto de aquel hombre de confianza que las circunstancias le habían impuesto. Tal vez lo hiciera antes de mucho: pero resultaba difícil sustituirle por otro que, más pronto o más tarde, no sintiera la tentación de calzarse sus propias botas. Al menos en este aspecto, Mike era seguro: no pretendía ser superior a su antiguo oficial.

-Se nos ha planteado un pequeño problema, Mike. Además, como quien dice, dentro de casa mismo.

-¿Problema? -se mofó Williams-. Hasta ahora los hemos solventado

todos con bastante limpieza, ¿no? ¿De qué se trata?

-Bryan Hill se ha vuelto impenetrable. Hoy he estado hablando con él y me ha resultado imposible saber lo que pensaba.

-No ocurre nada de particular con eso. Es de confianza y buen amigo tuyo...

-Eso he pensado yo, de momento. Pero da la casualidad que luego de rechazar una invitación mía, alegando tener mucho trabajo, lo ha abandonado todo y ha salido hacia la Luna como si huyera. Me hace pensar que, si no *sabe*, al menos *sospecha*.

-Yo sigo pensando que es una casualidad, Hugh.

-Pero no podemos estar tranquilos, Mike. Es mucho lo que nos jugamos. Hay que hacerse con él. ¿A quién tenemos en Luna?

-Varios muchachos, como sabes. ¿Quieres que le detengamos con alguna excusa?

-No bastará. En pocas horas, como máximo, tendríamos que soltarle, pues no hay cosa alguna que pueda cargársele encima. Lo que interesa es que desaparezca. Allí tendrás a alguien de verdadera confianza.

-Sí, Dob Kern y Harry Belsey.

-Diles que lo supriman.

-¿Y la mujer? ¿Va con él?

-Si no hay más remedio... Pero preferiría dejarla a un lado.

-Puede haberle dicho algo, caso de que lo sepa.

-Nadie puede probarnos nada, Mike. Recuérdalo.

-Conformes -Williams aplastó el cigarro en el cenicero y se puso en pie-. A su llegada habrá una comisión esperándoles.

* * *

La comisión de bienvenida a que aludiera el simiesco Williams se encontraba en el espaciopuerto a la llegada de la nave en que viajaban Bryan y Laura Hill. Éstos no se percataron, sin embargo, de la presencia del escurridizo Dob Kern junto a una de las ventanillas de la estación. Era tan vulgar el aspecto de Kern que nadie se fijaba en él, lo que a veces le confería, o poco menos, las considerables ventajas de un ser invisible.

El agente secreto no conocía a los Hill. Bryan casi le empujó para situarse ante el mostrador para exhibir sus documentos; el empleado los examinó brevemente y con un *Está bien, señor Hill*, volvió a entregárselos.

Era suficiente para Kern. Belsey se encontraba un poco más lejos, disimulado entre el gentío que a todas horas llenaba las oficinas del espaciopuerto y, al ver que su colega se ponía en movimiento detrás de la pareja, se dispuso a seguirles también.

Base-Luna consistía en una grandiosa colección de enormes cúpulas transparentes que llenaban una considerable porción del cráter de

Moesting, situado casi en el centro exacto del hemisferio lunar que miraba eternamente hacia la Tierra. Para desplazarse a los demás lugares habitados se hacía necesario el empleo de gravo-reactores que podían alquilarse como taxis, y esto, precisamente, era lo que pretendía hacer Bryan.

-Pero antes comeremos en cualquier sitio -propuso a su esposa.

Ésta aplaudió la idea.

-Además hemos de hacer compras. Recuérdalo, Bryan. Hemos salido tan precipitadamente que apenas traemos otra cosa que los cepillos de dientes.

El lugar les era conocido de sobra, por lo que pasaron por alto las obligadas visitas a museos y centros de atracción que ofrecían sus placeres espirituales y materiales a todo turista que decidiera pasar unas vacaciones más o menos cortas en la Luna. Hicieron rápidamente sus recorridos sobre las aceras móviles, contrataron el vehículo que había de llevarles hacia el norte a Posidonius y, conviniendo con el conductor la hora en que habrían de iniciar el viaje, dejaron sus adquisiciones en el gravo-reactor, marchando a comer según proyectaran desde el principio.

Dob Kern y Harry Belsey no les habían perdido de vista ni un solo segundo. Ahora, luego de un fugaz cambio de impresiones, el primero continuó de sombra de la pareja, mientras Belsey iniciaba una nueva fase de las operaciones.

De un modo abierto se presentó en la oficina de alquiler de vehículos, dirigiéndose al encargado:

-Deseo tomar un gravo-reactor -anunció.

-¿Con conductor o sin él?

-Sin conductor.

-¿A dónde desea ir? Es imprescindible que nos lo comunique y deje al mismo tiempo una fianza, señor...

Quedó esperando que le dijera cómo se llamaba.

-No importa el nombre -replicó Belsey, exhibiendo sus credenciales-. Para sus efectos puede anotar el de James Reader. Naturalmente la misión que he de llevar a cabo me impide comunicarle también el destino. Anote, por ejemplo... Montes Altai.

-... Altai. Está bien, señor... Reader -asintió el hombre inscribiendo los datos en su libro. ¿Qué clase de vehículo desea llevar?

Belsey escrutaba el libro de anotaciones, y pudo descifrar la matrícula del vehículo alquilado a los Hill. Ahora levantó la cabeza para responder:

-No sé, exactamente. Supongo que me interesará un unipersonal. ¿Me permite que dé un vistazo a los que tienen aparcados?

-Sí, señor -convino con una servil sonrisita - ¿Desea que le acompañe un mecánico?

-No es necesario, gracias. Iré solo.

El sicario de Williams desapareció por una puertecilla que le indicó el otro, yendo a desembocar en un amplio hangar en el que se veían gran número de gravo-reactores pulcramente ordenados en filas. Varios conductores y mecánicos circulaban por allí, dedicados a distintos quehaceres. Pudo ver una de las máquinas, casi totalmente desmontada, en la que se estaba llevando a cabo una reparación a fondo.

Siguió paseando y al cabo logró distinguir el aparato destinado a los Hill. Un hombre, probablemente el conductor, tenía metidas las narices por un orificio de su capota a la vez que maldecía en voz baja mientras intentaba hacer algo en el interior.

Belsey se le aproximó.

-¿Grave la avería, amigo?

El otro exhibió un rostro manchado de grasa, a la vez que blandía una llave inglesa.

-¡Puah! Nada que impida marchar a este cacharro. Pero las luces de la cabina no quieren encenderse a la primera.

-Un problema, desde luego. A veces ocurren cosas raras -Belsey se inclinó interesadamente hacia el motor-. Una de estas averías tontas me tuvo una vez anclado en el mar de la Fecundidad, y estuvo a pique de que me costara la vida. Pude repararla justo a tiempo para llegar aquí antes que las sombras de la noche.

-Tuvo suerte -observó el mecánico, extrayendo un cable para reconocerlo cuidadosamente en busca de alguna rotura disimulada bajo el aislamiento. Con un gruñido de disgusto lo reintegró a su sitio-. ¡Tampoco es éste! Si le llega a pescar la noche allí, se hubiera congelado como un pajarito. Las baterías no son capaces de dar calor tanto tiempo como hubiera necesitado usted.

-El aire era el problema. Apenas me quedaba para dos horas cuando desembarqué... ¡Oiga! ¿Ha mirado si la fase de desvío al reactor se encuentra en condiciones? Puede tener un cortocircuito allí.

Y, sin esperar la respuesta del otro, se inclinó sobre determinado lugar, metiendo la mano entre el amasijo de cables y tuberías.

-¡Déjelo! -pidió el mecánico, muy ablandado en su antiguo malhumor-. ¡Se va a ensuciar las manos!

-No tiene importancia -sonrió Belsey. Al cabo de unos momentos lo dejó-. Tampoco es aquí. Pruebe en la caja distribuidora. Tal vez se trate de un puente entre dos líneas.

Se limpió las manos con los utensilios de su nuevo amigo, mientras le miraba hacer. Este siguió la indicación con presteza.

-¡Diablos, eso era! -suspiró descansado, reparó la avería en pocos segundos y dejó caer la capota con seco chasquido. Luego tendió la mano a Belsey-. No sabe cuánto se lo agradezco; pensaba que no iba a quedarme

tiempo para comer antes de la salida. Y es un viaje bastante largo. Si alguna vez necesita para algo a Johnny Skabol, no tiene más que decirlo.

-Agradecido -Belsey le estrechó la mano, pero sin decir su propio nombre-. ¿Va a Herschel, por casualidad?

-¡Quiá! No tan lejos, pero casi. A Posidonius. No espero estar de vuelta antes de siete u ocho horas.

-Que tenga suerte. Espero verle otra vez, y tendré mucho gusto en invitarle a un trago.

Continuó con su paseo mientras el otro se marchaba apresuradamente a comer. Instantes después Belsey había elegido un pequeño y rápido aparato, y salía con él luego de comunicar la matrícula al de la recepción.

Un par de horas más tarde se presentaban Bryan y Laura. El hombre que tenía que llevarles hasta Posidonius estaba ya esperando y fue cuestión de momentos el que se pusieran en marcha.

El panorama que se deslizaba rápidamente bajo sus pies era apocalíptico. Formidables grietas, conos volcánicos, imponentes cordilleras de aguzados picachos, intactas como el día en que se formaron, salvo por la leve erosión de los bruscos cambios de temperatura que hacían deslizarse ladera abajo infinitesimales cantidades de polvo. Sin embargo, en el transcurso de los siglos, aquellos restos de peñascos pulverizados habían llegado a formar capas de cierta profundidad en los valles y barrancas. El polvo era como arena movediza, capaz de tragarse cualquier cosa que tuviera un mínimo peso.

-¡Qué desolación! -murmuró Laura, contemplando el grisáceo paisaje, tocado aquí y allá con alguna mancha de color o con el centelleante reflejo del sol sobre las superficies cristalizadas de algunas rocas-. ¡Y es hermoso a la vez!

-Quita el aliento, ¿verdad, señora? -Johnny Skabol se volvió un poco al hacer esta observación-. Sobre todo las primeras veces que se ve. ¿No había estado nunca en estos lugares?

-¡Oh, sí! -sonrió la muchacha-. Los conozco bastante bien. Pero siempre me causan la misma impresión. ¿A ti no te ocurre lo mismo, Bryan?

-Desde luego -repuso éste, abstraído. En realidad casi ni se había dado cuenta de lo que le preguntaba su mujer. Estaba pensando en los motivos que tuvieran para decidirse a realizar aquel súbito viaje, y se decía que quizá, después de todo, Laura tuviera razón. Ahora, al cabo de horas de tranquilidad y apartamiento del trabajo, comenzaba a quitar importancia a aquella fugaz impresión de sobresalto y miedo, dejando paso a un razonamiento más sereno.

¿Habría sido, simplemente, producto de sus sobreexcitados nervios la creencia de que Hugh Simpson era un telépata y que, por alguna causa

desconocida, era él quien lograba captar los pensamientos de su amigo mediante el casco que diseñara con un objeto completamente distinto?

La razón pura le decía que sí. Pero quedaba algo más: ¿Cómo pudo adivinar aquel pensamiento de Laura, adornándolo con una emoción de cólera que no podía proceder sino de Hugh Simpson, de quien siempre supo había pretendido a su esposa?

Una mano, apoyándose cálidamente sobre la suya, le sacó de su abstracción. Laura estaba mirándole.

-Creí qué te habías dormido -murmuró ella.

-Estaba pensando...

-¿En lo mismo, todavía? Te aseguro que en cuanto lleguemos a Posidonius me desprendo del trasto este. Sigo diciendo que es una tontería y ya lo habría tirado a no ser por tu insistencia y porque... me hubiera despeinado al quitármelo.

-Un poco de paciencia, Lory, por favor. No te molesta tanto, al fin y al cabo...

-¡Pero, Bryan! -protestó ella-. Aun suponiendo que aciertes en tus sospechas, corazonadas... o como quieras llamarle, Hugh Simpson está en la Tierra. No creo que pienses también que sus hipotéticos poderes telepáticos lleguen a cerca de cuatrocientos mil kilómetros de distancia... Sería demasiado.

-¿Por qué no? -replicó Bryan-. No lo sabemos en realidad y, supuesto que sea cierto, tan fantástica es su simple posesión como el alcance que pueda tener. Sin embargo, creo que únicamente llega a pocos metros.

-Entonces, ¿a santo de qué andar por la Luna equipados en esta forma?

-Pueden haber otros.

-¡Una invasión de superhombres! -rió Laura-. ¡Eso ya es demasiado, cariño! Creo que te excedes en tu preocupación... Veamos: ¿a qué crees pueda ser debida esa repentina facultad que se ha despertado, según tú, en Hugh?

-Repentina... en lo que concierne a nuestro conocimiento. Tal vez la posea desde la infancia. En cuanto a sus causas, hay muchas posibilidades: una mutación, un desarrollo anormal de determinada porción del cerebro... Sabes que se lleva muchos años especulando sobre la hipótesis de que algunos seres humanos puedan poseer ciertos poderes extrasensoriales en pequeña escala que, eventualmente, dan señales de existencia, tales como telepatía, telekinesis, la llamada doble vista, precognición y otros. Comprenderás que siendo, por ejemplo, telépatas, no les resultaría nada difícil ponerse mutuamente en contacto y asociarse; por ello no tendría nada de extraordinario el que fueran un grupo más o menos numeroso, si empezamos por admitir la existencia de un solo individuo.

-Suena bastante razonable... pero sigo sin aceptarlo.

-¡Ojalá pudiera yo...! ¡Cuidado!

Todas las cabezas se volvieron sobresaltadas en la dirección que señalaba Bryan al tiempo de emitir su grito de aviso. Un gravo-reactor de pequeño tamaño se precipitaba sobre ellos a gran velocidad, surgiendo de una angosta barranca próxima.

-¿Qué buscará ese loco? -gruñó Skabol, accionando los mandos con violencia. Seguidamente lanzó una exclamación de disgusto-: ¡Maldita sea!

No eran necesarias las explicaciones. La brusca maniobra se cortó a mitad para convertirse en una alocada cabriola del aparato al quedar fuera de control por interrupción de la corriente eléctrica. Casi instantáneamente quedaron desactivadas las placas antigravitatorias que lo sostenían a cincuenta metros sobre la superficie lunar, y los cohetes de dirección que impulsaban la navecilla hacia adelante. Como una piedra se precipitó vertiginosamente hacia abajo, dando vueltas como un pájaro herido de muerte.

El gravo-reactor causante del siniestro empezó a girar pausadamente, imitando a un buitre que queda a la espera de que termine de morir un agotado caminante del desierto para caer a continuación sobre él.

En la cabina, Harry Belsey sonrió ampliamente a su compañero, Dob Kern.

-Ya sabía yo que no podía fallar. En cuanto ha tenido que realizar una maniobra brusca se ha soltado la conexión que yo había dejado floja al pretender ayudarle en la busca de la avería.

El aparato que conducía a los Hill terminó su trágica zambullida contra una aguda arista rocosa. Rebotó en ella, perdiendo parte de su estructura, y por fin, convertido en un informe montón de chatarra, fue a hundirse en la profunda capa de polvo que llenaba el fondo del pequeño valle. Únicamente la retorcida tobera de uno de los tubos impulsores sobresalía por encima de la lisa superficie cuando diez minutos después terminó de asentarse la tolvanera levantada por el impacto.

-Asunto despachado, Harry -murmuró Kern-. Vámonos.

CAPÍTULO IV

Bryan Hill no tuvo una idea demasiado aproximada de lo que ocurría. Al violento taco del piloto siguió la mareante sensación de que el Universo entero había sido arrancado de sus cimientos. Asido con fuerza de la mano de su esposa, sujetos ambos por los cinturones de seguridad, vieron cómo el estrellado firmamento y las yermas regiones de abajo parecían confundirse, girando alocadamente a su alrededor. Muy vagamente les llegaron diversas exclamaciones de Johnny Skabol, sin que lograran descifrar su significado.

Con un formidable estallido dieron contra la arista rocosa. El sentido de sus giros se invirtió, proporcionándoles una espantosa sacudida. Bryan sintió cómo su cabeza era echada violentamente hacia adelante, llegando a creer que se le habían fracturado las vértebras del cuello. Laura chilló de terror. Vino otro choque, seguido de un tercero. Algún monstruo mitológico pareció ensañarse en ellos, tratando de arrancarles la carne de sobre los huesos hasta dejarles los esqueletos mondos. El gravo-reactor chirrió angustiosamente, sus fuertes planchas retorcidas de modo inverosímil.

Luego vino el silencio y una oscuridad de tinta. Bryan gimió, tanteando para desprenderse del cinturón de seguridad. Todo su cuerpo era un puro dolor, pero no parecía tener ningún hueso roto. En voz baja murmuró, esperando anhelante la respuesta:

-¡Laura! -no oyó nada. Verdaderamente ansioso, mientras forcejeaba con el cierre que le mantenía aprisionado, repitió-: ¡Laura! ¡Contesta!

Ahora le llegó la penosa respiración de su mujer, pero en aquella negrura que los rodeaba era imposible saber si tenía heridas graves o se trataba de un simple desvanecimiento por causa de algún leve golpe. Otra voz alcanzó sus oídos:

-¡Señor Hill! -era Skabol. Hablaba ahogadamente-. ¿Está usted bien?

-Creo que sí -repuso-. ¿No hay forma de hacer alguna luz?

-Estoy buscando una linterna -segundos después lograba hallarla, y pudieron verse las caras-. Creo que tengo una pierna rota. ¿Y la señora?

-No lo sé. Respira, es lo único que puedo decir. Présteme la lámpara, por favor.

Se arrastró al lugar donde el piloto forcejeaba con sus ligaduras y, tomando la linterna, regresó junto a su esposa. En apariencia no sufría herida alguna, salvo una leve contusión en la frente. Algo aliviado paseó la mirada en derredor.

-¿Qué podernos hacer, Skabol? -preguntó.

Éste volvió hacia él un sudoroso rostro. Con un tremendo esfuerzo consiguió que su voz apareciera normal.

-Pónganse los trajes de vacío. La cabina está perdiendo aire. ¡De prisa!

Bryan no se percató de la extraña entonación de la voz que le hablaba. Con la larga práctica del astronauta experimentado que era, endosó a su mujer en pocos minutos una de las pesadas vestimentas de que era portadora la navecilla para casos de emergencia. Cuando comenzaba a ajustarle el casco-escafandra, Laura abrió los ojos. Le dedicó una sonrisa sin hablar, mientras Bryan abría las espitas del suministro de aire. Luego hizo lo mismo consigo. Laura le estaba asegurando que se encontraba bien cuando se volvió hacia Skabol. Sorprendido, comprobó que no se había movido del sitio.

-¿Qué hace usted? ¿No tiene intención de salvarse?

-Sí, señor -sonrió éste con el rostro tirante. Bryan pudo observar ahora que estaba lívido de dolor-. ¿Quiere acercarme el traje, por favor?

-Pero, ¿qué le ocurre? Aunque tenga la pierna rota, no creo que eso le impida moverse un poco, asiéndose de algún lado...

Sin embargo, hizo lo que le pedía. Al acercarse con la pesada coraza, y mientras la abría para endosársela a Skabol, éste le pidió:

-¿Quiere echarme un torniquete en la pierna? No sé si servirá de mucho, pero...

Era la izquierda, y la tenía oprimida en forma extraña contra una porción de plancha abollada. Bryan hubiera jurado que no era difícil sacarla de allí, pero, al parecer, el piloto concentraba todos sus esfuerzos en mantenerla inmóvil.

-¿Es que la tiene fracturada? -le preguntó mientras con un trozo de alambre y una pequeña herramienta improvisaba el torniquete en la parte superior del muslo.

-No está rota, señor Hill -otra vez la penosa sonrisa en aquel rostro cubierto de sudor-. Ayúdeme a ponerme el traje, por favor. Yo no puedo moverme.

Con grandes trabajos le colocó las distintas piezas: primero el peto, luego la armadura de los brazos y la pierna sana. Cuando iba a cubrirle la otra, Skabol le atajó:

-Primero, la escafandra.

Intrigado, obedeció. Le parecía una chifladura, pero pensó que perderían más tiempo en discutir que si le seguía la corriente. Abrió incluso el suministro de aire.

-Ahora, señor Hill. Ayúdeme.

Asombrado, Bryan comprobó que la pierna parecía pegada, dio un tirón, y se detuvo vacilante, mirando al otro dudosamente.

-No tenga miedo de hacerme daño. Tire con fuerza, aunque crea que me la va a arrancar. ¡Se lo digo totalmente en serio!

Con un encogimiento de hombros, Hill hizo lo que le pedía el otro.

Desde luego, tiró con energía, llegando a temer practicarle al menos algún desgarrón. Pero Skabol seguía insistiendo:

-¡Tire con fuerza!

Finalmente lo logró. Sonó un estampido, que sus tímpanos apenas captaron al ver lo que tenía entre las manos.

Aquello no era una pierna humana, sino algo monstruoso, hinchado, deformado, deshecho. Ni el abierto pantalón de duro plástico lograba disimular el horrible destrozo que contemplaba. Bajo sus mismos ojos, la sangre y el músculo estaban endurecidos como la roca, llenos de monstruosas burbujas amoratadas, mientras el pequeño hilillo carmesí que brotaba por un tremendo desgarrón parecía hervir al contacto con el aire. Esto último le hizo salir del anonadamiento en que estaba sumergido, espoleándole a la acción.

¡Era imprescindible que cubriera aquella pierna con la coraza!

Ya sin temor alguno, sabiendo que ni aunque amputara el miembro dañado, valiéndose de un hacha para ello, el otro no experimentaría dolor adicional alguno, le embutió la pernera, haciendo los ajustes necesarios para sellarla del vacío que comenzaba a formarse a su alrededor.

-¿Por qué no me lo ha dicho, Skabol? -pudo preguntar al fin.

El herido movió levemente la cabeza bajo la escafandra.

-¿De qué habría servido? En cuanto yo quitara la pierna se escaparía todo el aire por el boquete. No podía hacerlo hasta que estuviéramos razonablemente protegidos -hablaba con voz muy débil, que los teléfonos de comunicación unidos por ligeros cables, apenas lograban captar.

Laura se les aproximó, insertando una clavija en el traje de su marido. Con ello quedaba en comunicación telefónica con los dos, formando un circuito cerrado.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Se ha dado algún golpe, Skabol?

-¡Golpe, dices! -barbotó Bryan-. ¡Ha tenido el valor de dejarse cocer la pierna en el vacío para impedir que se escapara el aire por un boquete abierto en el fuselaje! Sabe lo que ha conseguido con ello, ¿no?

-Perder la pierna, con seguridad -sonrió el piloto-. Está solidificada por el frío y no existe medio de reanimarla. Pero, ¿quiere decirme usted si había algún otro medio de impedir que muriéramos los tres sin remedio, en un plazo de segundos? Por fortuna, el primer escape de aire, al practicarse el boquete, me *sorbió* hacia allí la pierna para que hiciera de tapón. Le aseguro que no lo he hecho adrede, señor Hill; pero me alegro de que hayamos podido salir sólo con esa pérdida. Ahora las hacen ortopédicas que son una preciosidad.

-Es posible que le cueste la vida si no se le atiende debidamente en tres o cuatro horas como máximo.

-Siempre habremos ganado algo en el cambio. Supongo que el imbécil

que provocó el accidente habrá tenido el sentido común necesario para comunicar lo ocurrido. En cuestión de minutos habrá aquí alguna partida de rescate.

-Procuremos salir, pues... si es posible. ¿Dónde hemos ido a caer? El aparato no está en posición invertida, aunque sí muy inclinado de proa, pero está totalmente oscuro.

-Estamos sumergidos en una laguna de polvo -el piloto hizo una mueca de dolor, dejándose caer en uno de los asientos-. Como verá, sirvo ahora para bien poca cosa, señor Hill. Pruebe si puede abrir la portilla.

-Atascada por completo -anunció Bryan al cabo de unos momentos de forcejeo-. ¿No hay por ahí algo que pueda servir como palanca, Johnny?

-Sí. En el cajón de la herramienta. ¿Quiere alcanzarla usted misma, señora?

Laura se apresuró a obedecer. Luego de varios minutos de tentativas, Bryan anunció que aquello cedía.

-Pero esto se nos va a llenar de polvo.

-Es tan fino como el talco y se desliza como agua por cualquier resquicio - asintió Skabol-. Era de esperar.

-¿Cómo saldremos, pues, de aquí?

-Andando, desde luego, hasta salir por cualquier lado. Si no me equivoco, esta bolsa de polvo tiene poca extensión. Tendrá que hacerlo usted casi todo; yo no valgo para maldita la cosa.

-¡Déjese de lamentaciones de esa clase, Johnny! -reprochó Laura cariñosamente-. Si se encuentra en esa situación es, en parte, culpa nuestra por haberle contratado.

-Dígame lo que hay que hacer, usted que tiene más práctica que yo en estas cosas -pidió Bryan-. Yo me encargo de lo demás.

-Primero convendría trepar hasta la cola del aparato, por si acaso sobresale. De esa forma podremos orientarnos. Y no se muevan demasiado aquí dentro porque se levanta el polvo y apenas nos deja ver... Tenga esto -Skabol metió la mano en un compartimento, extrayendo un manojo de cable. De otro lugar sacó una delgada pero resistente cuerda de gran longitud-. Este cable lo agregaremos para prolongar los intercomunicadores telefónicos y no perder el contacto aunque nos separemos a cierta distancia. La cuerda servirá para guiarnos mutuamente mientras no podamos ver.

Al mismo tiempo que hablaba iba realizando las conexiones con destreza pese a los engorrosos guantes qué le cubrían las manos. Luego de unas breves instrucciones sobre la mejor forma de deslizarse por la parte de fuera del aparato, Bryan se sujetó la cuerda a la cintura, poniéndose en marcha.

No era sencillo, ni mucho menos. La total negrura que le envolvía por todas partes le obligaba a tantear en busca de asideros, en lo que no le

ayudaban en forma alguna los metálicos guanteletes que impedían se guiara por el tacto. Afortunadamente, un solo dedo que pudiera introducir en cualquier ranura era bastante para sostener su liviano peso, debido a la baja gravedad lunar.

Lentamente fue recorriendo la decena de metros. El rudo ejercicio llenaba todo su cuerpo de un viscoso sudor, obligándole a tomarse algún descanso. Al cabo de lo que le parecieron siglos tuvo la impresión de que a través del visor de su casco se filtraba algo de luz; frotó el cristal con la mano y entonces pudo comprobar que su cabeza emergía ya sobre la superficie. Paseó la vista en derredor, disponiéndose a comunicar a sus compañeros la relativamente grata nueva...

Y en aquel momento, casi bajo su misma mano, comenzó a derretirse el metal a que estaba asido.

De forma instintiva se soltó, quedando instantáneamente cubierto por el mar de polvo. Sabía lo que era aquello: ¡una pistola térmica! Él mismo llevaba una, formando parte del traje espacial. No la empleó antes para abrirse paso a través de la encajada puerta del gravo-reactor porque la enorme temperatura que era capaz de desarrollar hubiera amenazado incluso la integridad de los trajes acorazados en el estrecho recinto. Por fortuna, allí fuera gran parte del calor radiante se dispersaba en el vacío sin transmitirse sino por contacto.

De la seguridad de que alguien había disparado una pistola térmica contra él, a imaginar que quien lo hiciera era uno de los tripulantes del gravo-reactor que les hiciera caer, que la avería en el suyo propio se había debido a un sabotaje y que todo ello era consecuencia de órdenes directas de Hugh Simpson, no había más que un paso. La mente de Bryan lo dio en menos de un segundo, haciéndole sentirse poseído de una silenciosa cólera mientras buscaba el procedimiento de asomar otra vez para repeler la agresión sin convertirse en blanco para que los otros pudieran convertirle impunemente en un puñado de cenizas.

No eran sólo las ansias de venganza o devolver golpe por golpe lo que le impulsaba: debajo suyo, confiando en él para su salvación, estaban su esposa y el conductor, principal víctima, hasta ahora, de la cobarde agresión. Si él era aniquilado, los otros dos no tendrían la menor posibilidad de escapar a una horrible muerte, bien abrasados por algún proyectil térmico, faltos de aire que respirar o congelados al agotarse las baterías calefactoras de sus trajes espaciales.

Furiosamente quiso recordar la posición exacta que ocupaba el sol con respecto a él en aquellos momentos. Se le estaba ocurriendo que sobre la superficie sin aire de la luna no existía cosa semejante a la penumbra, transición entre la luz y la oscuridad: donde daba el sol, su resplandor resultaba intolerable; dos centímetros más allá, en la sombra, podía reinar

una abismal negrura. Y al amparo de ella, su grotesca escafandra resultaría invisible.

Con gran trabajo se corrió hacia un lado, rogando por acertar a la primera, pues tal vez no tuviera otra ocasión. Sus enemigos estarían alerta para disparar en cuanto asomara y quizá ahora no errasen.

Un profundo suspiro de alivio escapó de su boca al comprobar que no se había equivocado. El visor de la escafandra le impedía mirar hacia arriba cómodamente, obligándole a adoptar una forzada posición, pero por fin, casi tumbado, sujetándose precariamente con la mano izquierda, empuñó con la derecha la pistola térmica: el gravo-reactor de los criminales se cernía sobre el lugar, girando con lentitud a la espera de que volviera a asomar.

-Ya te lo decía, Dob -hablaba en aquellos momentos Harry Belsey-. Era mejor asegurarnos.

Llevaban puestos los trajes espaciales, pues la cabina había sido invadida por el vacío sideral al abrir una de las portillas de observación, a través de la cual atisbaba Belsey con la pistola térmica preparada a disparar en cuanto viera señales de los pasajeros del gravo-reactor siniestrado.

Kern emitió un gruñido de disgusto.

-¡Me lo has restregado por las narices más de veinte veces, Harry! ¡Tienes razón, pero déjame en paz con ese asunto! ¿Aparecen por algún lado?

-No. Paciencia.

-¿Sabes qué te digo? El único superviviente era ese tipo a quien le has disparado. Has debido agujerearle la armadura y ahora está en el fondo, más tieso que mi abuelo. De otra forma no se explica que tarde tanto en aparecer.

-Puede que tengas razón, pero no estoy dispuesto a marcharme de aquí mientras quede alguna probabilidad. Los trabajos se terminan bien o no se empiezan siquiera...

Interrumpió su frase al observar un breve chispazo en el lugar donde la sombra de la parte del gravo-reactor que emergía del polvo, se proyectaba en la superficie. Rápidamente su pistola miró en aquella dirección, pero en el momento que apretaba el disparador, la máquina a cuyo bordo iba se inclinó violentamente de proa, haciéndole perder la puntería.

-¡Han quedado inutilizadas las placas gravitatorias delanteras! -aulló Dob Kern, aterrado.

Otro proyectil térmico se estrelló en la estructura del aparato, acelerando la velocidad de su caída que frenaban únicamente los repulsores de gravedad instalados en la popa. Belsey vio que iban a descender sobre una ladera rocosa, y en el momento que tocaban el suelo, un nuevo disparo de Bryan dio en la parte delantera de la cabina, vaporizando una porción de

la capota... y la coraza de Dob Kern.

Belsey sabía lo que iba a venir a continuación, por lo que, sin dedicar ni una sola mirada a su compañero, que se retorcía agónicamente con horribles alaridos, que pronto fueron sustituidos por el silencio, saltó, abandonando la nave. Era la única forma de escapar al espantoso calor.

Bryan Hill no podía creer aún en su suerte. Con rápidas y entrecortadas frases puso al comente a sus compañeros de lo que ocurría.

-¡Subid a toda prisa! -apremió mientras procuraba mantener a raya a Belsey, que volvía a hostigarle-. Primero tú, Laura. Trepa por la cuerda.

En pocos segundos estuvo la muchacha a su lado, uniendo su pistola a la de su marido. Bryan recogió cuanta cuerda le fue posible, dando instrucciones a Skabol para que esperase unos momentos, y saltó.

Cualquier atleta de la Tierra que hubiera consumado aquel salto habría sido considerado un fenómeno, un saltamontes humano; sin embargo, Hill salvó la distancia con toda facilidad, se desprendió de la cuerda, dejándola sujeta a una aguja rocosa, y echó a correr.

Belsey se había parapetado tras un peñasco y estaba haciendo pasar un mal rato a Laura. La muchacha no podía alardear de ser una gran tiradora, y mientras su pistola resultaba completamente inocua, el facineroso estaba haciendo elevarse peligrosamente la temperatura de la masa metálica en que ella se protegía. Casi cada disparo suyo acertaba en el blanco.

Sin embargo, al sumarse Bryan a la lucha, procedente de un ángulo completamente distinto, el hombre de Simpson comprendió que no le quedaba nada por hacer. Pese a la mala puntería de Laura, se veía obligado a resguardarse de ella... en un lugar batido por Bryan; y si trataba de protegerse de éste, era la muchacha la que le tenía a la vista.

Cuerdamente optó por alzar los brazos en señal de rendición, y avanzó hacia los que al principio consideró como sus víctimas.

CAPÍTULO V

No resultó precisamente sencillo realizar lo que venía a continuación. Bryan ató concienzudamente a su prisionero, a quien ni siquiera había visto el rostro todavía; luego hizo pasar a Laura, quien quedó vigilando a Belsey, y por fin él regresó a su destrozado gravo-reactor en busca del piloto herido.

Skabol había perdido el conocimiento. A tientas, Bryan lo cargó sobre sus hombros, y valiéndose de la cuerda como guía, echó a andar en medio de aquella enloquecedora masa de polvo, tanteando cuidadosamente el abrupto terreno que tenía debajo.

Más de media hora les costó emerger por fin. Después se hizo necesario que desmontaran la antena de la emisora del aparato alquilado por Belsey y trasladarla al picacho más elevado que les fue posible encontrar por los alrededores. En la Luna, la falta de atmósfera impedía que ésta rechazara sobre el suelo las ondas de radio, por lo que resultaba imposible una transmisión a un lugar que estuviera por debajo de la línea del horizonte. Luego vinieron las largas y angustiosas horas de espera, mientras Skabol agonizaba entre horribles sufrimientos y la provisión de aire para los cuatro amenazaba con agotarse. Al cabo lograron establecer contacto con un aparato. Éste regresó apresuradamente a Base-Luna y una hora más tarde llegaba en su socorro un gravo-reactor militar.

-Creo que Jake tendrá que esperar un poco para vemos -observó Bryan, dirigiéndose a su mujer.

El coronel Addison, Jefe de las Fuerzas de Seguridad en Base-Luna, era un hombre amable. Luego que hubieron prestado oficialmente su declaración, les rogó que le acompañaran a su despacho.

-Siéntense, por favor -señaló sendas butacas adaptables, ofreciéndoles una caja con tabacos de distintas clases. Luego, sin más preámbulos, entró en materia-: ¿Están seguros de haber dicho exactamente todo lo ocurrido...? No, no vayan a creer que desconfío de ustedes. Simplemente es que este asunto huele a raro y creo que hay más en el fondo de lo que se ha dicho ahí fuera.

-No sé a qué se refiere, coronel -dijo Bryan, al tiempo que encendía un cigarrillo-. Puedo asegurarle que *yo* he dicho la absoluta verdad. Están demasiado recientes los acontecimientos para que haya olvidado nada esencial. En cuanto a mi esposa...

-Ha declarado en esencia lo mismo que usted. El piloto también.

-¿Cómo está Skabol? -inquirió Laura con ansiedad-. ¿Podrán salvarle?

-Los médicos confían en que sí, señora -sonrió Addison-. Pero, volviendo a lo que decíamos, y perdonen mi insistencia: ¿saben ustedes quién es el hombre a quien han capturado y acusan de tentativa de

asesinarles?

-No tengo ni idea -manifestó Bryan-. Jamás en mi vida le había visto.

-Tengo entendido que usted ocupa cierta posición relevante en la Agencia del Espacio.

-En efecto -asintió el joven-. El general Simpson es amigo personal mío.

-Entonces, tal vez pueda explicarme usted qué relación hay entre eso y el hecho de que, tanto el prisionero como el hombre que murió en la lucha, pertenezcan al Servicio de Inteligencia que dirige el capitán Williams.

Bryan palideció, oyendo cómo a su lado Laura lanzaba una ahogada exclamación de sorpresa.

-¡Imposible, coronel! ¿Qué interés podrían tener en asesinarnos los de la Agencia? Quizá obraran por su cuenta...

-Tanto en un caso como en otro -siguió implacable el militar-, se hace necesaria una explicación.

Hill guardó silencio unos momentos. Las cosas que había sabido de Hugh Simpson últimamente saltaron al primer plano en sus pensamientos. Sintió el impulso de confiarse al coronel, pero, ¿quién le garantizaba que éste no formaba en las filas de sus enemigos? Pues ahora sabía que lo eran y que, al sospechar por su precipitado viaje a la Luna, que había descubierto su secreto, estaban decididos a eliminarle como peligro en potencia.

Miró a Laura interrogativamente. Esta apoyó la mano en su brazo, contestando con un movimiento afirmativo de cabeza.

-Sí, Bryan. Creo que debes decírselo al coronel. Yo te creo ahora, luego de lo ocurrido.

Aquello le decidió.

-Bien... -clavó los ojos en Addison-. Lo que voy a decirle, coronel, pone mi vida por completo en sus manos. Por otro lado, es posible que se ría de mí, como hasta hace poco se reía mí esposa.

-¿De qué se trata? -inquirió el hombre, sumamente intrigado por este preámbulo.

Con toda la brevedad que le fue posible, Bryan le explicó lo ocurrido, mostrándole el casquete metálico que tanto él como Laura llevaban en la cabeza.

-¿Comprende por qué le he dicho que tal vez se riera? Reconozco que es algo fantástico, pero no se me ocurre otra explicación del atentado de hoy. Y el que esos hombres pertenecieran a la Agencia del Espacio es una prueba más en abono de la seguridad que yo tengo de que lo que le acabo de confiar es cierto y no un producto de mi fantasía... A no ser que me encuentre tan cegado que no veo las cosas en su debida perspectiva. ¿Usted qué opina? Ya ve que a lo mínimo que me he expuesto al hablarle así es a

que me encierren en un sanatorio para enfermos mentales.

Addison apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos, clavando la mirada en el joven científico.

-No sé qué contestarle, señor Hill. Usted mismo ha dicho que es un asunto fantástico e increíble. Eso mismo me inclina a prestarle cierto crédito... aunque comprenderá que tan de sopetón... -de golpe se volvió hacia Laura-: ¿Qué dice usted al respecto, señora?

-¿Yo? Pues... Francamente, coronel: cuando Bryan me habló por vez primera de ello, lo achaqué a una fantasía de su cerebro recargado de trabajo. Sin embargo nuestra salida de la Tierra, con todas las apariencias de una huida, y a continuación esta tentativa de asesinarnos los hombres de la Agencia del Espacio...

-Eso es lo que me hace inclinarme en su favor, señor Hill -manifestó el coronel. Vaciló unos momentos, prosiguiendo luego-: Voy a serles completamente franco: ustedes saben que la Agencia del Espacio es un organismo puramente civil, aunque sus jerarquías adopten convencionalmente grados militares; sin embargo, no tienen nada que ver con la Armada del Espacio, a que yo pertenezco.

-Efectivamente, eso lo sé -repuso Bryan-. Yo mismo ostento el grado de comandante en la Agencia.

-Pues bien: desde hace algún tiempo nuestro Servicio de Información viene observando ciertas anomalías... algunas de ellas graves. Parece haber en marcha alguna especie de conspiración cuyo objetivo, hasta ahora al menos, ha sido encumbrar al general Simpson hasta la posición que ocupa actualmente. Hombres de verdadera valía han sido apartados de sus puestos por supuesta incompetencia: algunos han llegado a formular quejas bien fundadas... y luego desaparecieron misteriosamente. Y siempre, las fugaces pistas, los casi impalpables indicios, han apuntado hacia miembros de la Agencia. Naturalmente a nosotros no nos incumbían esas cuestiones, y lo único que podíamos hacer era lo que hicimos: comunicar al capitán Williams lo que sabíamos y lavarnos las manos. Pero empiezo a pensar que las cosas han ido demasiado lejos y que, si por casualidad usted estuviera en lo cierto, ha llegado el momento de tomar cartas en el asunto.

-¿En qué forma?... Mejor dicho, no me cuente nada, coronel. Soy hombre de costumbres pacíficas y todavía no me he recobrado del susto. Prefiero quedar al margen de todo esto...

-Temo que no va a poder conseguirlo, Hill. Está ya metido en el asunto hasta el cuello, y además, posee la única arma capaz de descubrir a ese telépata... si es que existe.

* * *

-Eso es todo, general.

El general Ranke, comandante en jefe de Base-Luna, escrutó con el ceño fruncido las facciones de su subordinado.

-¿Y...?

-No comprendo, señor -murmuró Addison al cabo de unos momentos, algo apabullado por aquel enigmático monosílabo.

-¿No comprende? -ironizó Ranke-. Pues yo creo que está bien claro: ¿Qué motivo le ha impulsado a venirme con ese cuento chino?

-Dudo que lo sea, general.

-¡Es usted infantil, Addison! Supongo que sus móviles al acudir a mí serían los de indicarme la conveniencia de tomar una acción al respecto, ¿acierto?

-Aproximadamente...

-Pues no pierda el tiempo, porque yo tampoco tengo el menor deseo de perderlo, y encima hacer el ridículo.

La sequedad en el tono de Ranke no dejaba lugar a dudas sobre su firmeza de propósito. Sin embargo el coronel no estaba dispuesto a rendirse sin lucha.

-Sugiero que realicemos algunas investigaciones, señor. Pudiera tratarse de un asunto serio... y sumamente peligroso.

-¡No! Y no intente traerme a ese chiflado, porque no pienso recibirlo. Supongo que era ese su propósito, pues ha venido acompañado por él; pero no se haga ilusiones.

-De acuerdo -Addison oprimió los labios sin disimular su disgusto y olvidando terminar la frase con la palabra sacramental de *señor*-. En cuanto al prisionero...

-Olvídese de él también.

Aquellas palabras tenían todas las características de una despedida inapelable. Addison, pálido de furor, se puso en pie.

-En ese caso temo que no tengo gran cosa que hacer aquí, señor. Con su permiso me retiro.

-Puede hacerlo cuando guste.

Ranke permaneció con los ojos clavados en la puerta por donde acababa de desaparecer su subordinado. Un rumor a sus espaldas le hizo volverse hacia el individuo que acababa de surgir de un pequeño departamento destinado a archivo.

-¿Satisfecho? -inquirió, con las venas del cuello hinchadas como si fueran a estallarle.

-Totalmente, general -la sonrisa que lucía el rostro de Lardner no era amistosa ni despectiva. Simplemente una curvatura de los labios que no comprometía a nada.

Un cuarto de hora antes, Ranke no tenía ni idea de la existencia de tal sujeto. Un ordenanza le había anunciado que el señor Lardner, del Servicio

de Inteligencia Civil del Espacio, deseaba hablar con él sobre un asunto de suma importancia. Dado que las relaciones entre los dos organismos encargados de dirigir la expansión del Hombre hacia el resto del Sistema Solar eran superficialmente amistosas, el general no tuvo inconveniente en recibirle en el acto.

Ahora lamentaba haberlo hecho. Lardner había entrado en su despacho como quien lo hace en la propia casa, eligió la butaca que más cómoda le pareció y sus reptilescos ojos se clavaron en Ranke. Sólo entonces abrió la boca.

-¡Hola, general! -sólo aquellas dos palabras. Seguidamente montó una pierna encima de la otra, extrajo una pitillera de platino cuajada de diamantes y procedió a seleccionar un cigarrillo como si en el Universo no hubiera nada más importante.

Ranke no se había encontrado en una predisposición de ánimo especial. El anuncio de la visita le irritó levemente, pero la costumbre de muchos años hizo que se dispusiera a recibir con helada cortesía a aquel miembro de la organización rival, dedicada al parecer exclusivamente a entorpecer por todos los caminos imaginables la labor de la Flota Militar. Sin embargo la desvergüenza de que daba muestras aquel tipo logró sacarle a relucir con toda rapidez el endemoniado genio que llevaba dentro del cuerpo.

-¡Oiga! ¿Qué significa esto?

-¿El qué? -Lardner alzó la vista. Al cabo de una pausa pareció caer en la cuenta de lo que quería decir el otro-: ¡Ah, sí! No se moleste por eso, hombre. Lo que quería era traerle estos papeles. Léalos ahora, pues son muy importantes.

Y con la misma displicencia extrajo un sobre del bolsillo, lo arrojó encima de la mesa, y sin alterar un ápice su posición, se desentendió del general, dedicándose a una atenta contemplación de las uñas de su mano derecha.

Si se trataba de una táctica, no cabía la menor duda de que estaba produciendo efecto. Ranke parecía a punto de caer víctima de una congestión cerebral. Rasgó el sobre, tomó la simple hoja de papel que era todo su contenido y... su rostro adquirió un hermoso color purpúreo. Si el fuego que asomó a sus ojos hubiera tenido la propiedad de transmitirse a través del aire no hay la menor duda de que el documento, y luego su portador, habrían quedado reducidos a cenizas en cuestión de segundos.

Pero la llamarada se consumió a sí misma en breves segundos. Al cabo de ellos la mirada del general, totalmente vidriosa ahora, quedaba fija en su visitante, sin verle.

-Supongo que sabe lo que decía aquí.

-Efectivamente. Lo he escrito yo mismo.

-¿Dónde están las pruebas de que se habla aquí?

-Comprenderá que no las llevo encima. Si a eso vamos, no están ni siquiera en la Luna.

-¿En la Tierra?

-O en Marte... o en un asteroide, vaya usted a saber cual -Lardner se encogió de hombros. Luego continuó-. Pero, anímese; no tenemos la menor intención de utilizarlas... con tal que usted sea buen chico y nos preste una pequeña colaboración,

Ranke no era ya el que fue en otros tiempos. La vida muelle le había ablandado y no estaba dispuesto a luchar si ello le era posible. Probablemente diez años antes le hubiera pegado un tiro al emisario, disponiéndose a pechar seguidamente con las consecuencias de sus locuras juveniles. Pero ahora...

-Hable.

Y Lardner habló. Consecuencia de sus palabras había sido la actitud del general hacia Addison. El hombre de la Agencia del Espacio asistió como testigo invisible a la entrevista y ahora se mostraba satisfecho de su resultado.

-Queda, sin embargo, un pequeño detalle. Nuestra intención era no enterarle a usted de nada, pero la mala suerte ha querido que llegasen a su conocimiento demasiadas cosas. Por tanto, no queda otro remedio que enrolarle en la organización como... digamos, *miembro honorario*. Recibirá una paga adicional, supongo, por ello. Y ahora, en vista de la forma en que se han desarrollado los acontecimientos, quedan unas pequeñas instrucciones que usted se encargará de cumplir, utilizando para ello todo el peso de su autoridad...

* * *

Bryan Hill no tuvo necesidad de que el coronel le comunicara con palabras el resultado de su entrevista con Ranke, para comprender por su expresión que las cosas no se habían deslizado en la forma que hubiera sido de desear.

-¿Qué le ha contestado? ¿Que iba a encerrarle en un manicomio?

-¡Ojalá! Al menos me hubiera consolado pensando que tengo un jefe idiota.

Y no hubo manera de sacarle nada más. Addison se encerró en un hermético mutismo, del que ninguna pregunta conseguía sacarle; por encima de todo era hombre adicto al servicio y, cualesquiera que fuesen sus opiniones particulares, las reservaba para sí: un extraño no tenía por qué saber los trapos sucios internos de la Armada.

-Bien... ¿Qué vamos a hacerle? -se resignó-. ¿No habría algún medio, al menos, de hacer algo?

-Dudo que lo haya a mi alcance, amigo mío -repuso el coronel-. Lo

único que puedo hacer es asignarle, de un modo extraoficial, un par de hombres para que les protejan a usted y a su esposa.

-¿Y qué cree que conseguirán a la larga?... Le invito a comer, coronel. Con el estómago lleno se ven las cosas más claramente.

En la Luna no existían las divisiones tan rígidas en cuanto a las horas de las comidas y sueño como en la Tierra. Cierto que el horario se había adaptado al terrestre para evitar confusiones, pero los que estaban fuera de servicio no lo tenían demasiado en cuenta. Por ello no resultaba extraño que Bryan y Laura hubieran *comido* algunas horas antes, y ahora volvieran a hacerlo en lugar de *cenar*, *almorzar* o *desayunar*. Estas denominaciones no tenían mucho sentido.

El coronel aceptó. La comida no les despertó, sin embargo, el optimismo, y hubiera podido calificársela de cualquier modo menos de alegre. En medio de un torvo silencio, despacharon los platos sin ninguna clase de apetito, apenas probándolos y, luego de abonar la cuenta, volvieron a la calle.

La primera noticia que Bryan tuvo de que algo no iba bien fue cuando un cárdeno fogonazo cruzó ante él, yendo a estallar con sordo ruido contra el pecho de Addison. El coronel se derrumbó con un horrible alarido; varios hombres se precipitaron sobre Bryan y Laura, originándose una confusa pelea en la que el científico distribuyó al menos tantos golpes como recibiera.

Eran demasiados para pensar en vencer. Muy próximo se escuchaba el silbato de un policía militar y Bryan cesó en la resistencia, convencido de que llegaba el rescate. Dos de sus agresores le sujetaron fuertemente, en tanto que otros dos hacían lo mismo con la muchacha, y quedaron esperando la aparición del policía.

Cuando éste hubo llegado, un individuo a quien Bryan no había visto en la confusión de la lucha, se le encaró:

-¡Deténganlos! ¡Acaban de asesinar al coronel Addison! ¡Nosotros lo hemos presenciado! -y señalaba una pistola térmica que había a los pies de Bryan.

El joven sintió como si el mundo se le desplomara sobre los hombros: ¡el hombre que le acusara del horrible crimen era Harry Belsey!

CAPÍTULO VI

Bryan y Laura fueron encerrados en sendos calabozos separados, colocándoles centinelas de vista. Las protestas de nada habían valido y Belsey pudo salir tranquilamente del cuartel general luego de prestar una declaración atiborrada de mentiras y acusaciones que ponía poco menos que la cuerda al cuello de Bryan y su esposa.

Las horas fueron transcurriendo con lentitud en el estrecho recinto, incomunicados, sin posibilidad de recibir visitas ni transmitir mensajes al exterior. Pero, ¿a quién tenían que comunicar su triste situación? ¿A Jake Menzies, el hermano de Laura? Éste era un científico como ellos, no un hombre de acción. Su influencia, aunque considerable, no bastaba para lograr su libertad cuando tenían en contra el testimonio de un agente del Servicio de Inteligencia de la Organización Civil del Espacio... y todo el poderío de ésta.

Sin embargo, la máxima preocupación de Bryan consistía en estos momentos en la seguridad de su esposa. Hugh Simpson, indudablemente la eminencia gris que andaba detrás de todo lo ocurrido, no permitiría que saliera con vida nadie que fuese una amenaza potencial a sus objetivos. Esto, con toda certeza, le incluía a él mismo, pero Laura tenía mucha más importancia. ¿Por qué tenía que morir?

Si al menos pudiera hablar con Simpson... lograr de él que la perdonara a cambio de lo que fuese... Incluso sería capaz de prometerle fidelidad y silencio.

Pero, no. Esto último le hubiera sido imposible de cumplir. ¿Cómo, aunque estuviera en juego la vida de la persona amada, consentiría él que un monstruo, como el en que se había convertido Hugh Simpson, continuara fortaleciendo su posición, quien sabía guiado por qué malvados designios? Los objetivos del Director de la Agencia del Espacio eran oscuros, pero, a juzgar por los acontecimientos, no quedaba la menor duda acerca de la dudosa moralidad que impulsaba sus actos.

Un pequeño rumor en la puerta le obligó a volver la cabeza hacia allí: era un soldado con una pequeña bandeja, que depositó sobre la mesa que, con una silla y un camastro, componía todo el mobiliario, cuidando de no interferir más de lo imprescindible con la línea de tiro del centinela que no perdía de vista la operación.

-Ahí tiene un periódico -gruñó sin demasiada simpatía-. No se moleste en buscar la noticia de lo suyo, porque es de hace quince días.

Y coreado por su compañero desde la puerta, soltó una risita zumbona mientras regresaba por donde había venido.

Bryan no contestó siquiera. Con un encogimiento de hombros se levantó de la estrecha cama, donde había estado tumbado, y tomó asiento

ante la mesa. El desayuno, o lo que fuere aquello, no estaba mal del todo: emparedados de mastodonte venusiano, algo correosos pero comestibles, y una pequeña ensalada de vegetales criados en los jardines hidropónicos de Base-Luna. El joven comió con apetito, diciéndose que una huelga del hambre, aunque fuera limitada, no mejoraría su posición en forma alguna.

Luego tomó el periódico, manoseado y, en los dobleces, casi ilegible. El que hizo de camarero no le había engañado más que en dos fechas de diferencia: era de diecisiete días antes. Sin embargo lo leyó decididamente, refrescando en su memoria las ya viejas noticias: el profesor Keith anunciaba haber descubierto bacterias vivas en el asteroide Ariana; un individuo perdido en las proximidades del Polo Sur de Marte, había sido rescatado cuando ya nadie confiaba que siguiera con vida; Antartown, la más populosa ciudad de la Antártida, contaba con el más moderno espacio-puerto del Sistema: probablemente sería inaugurado en los próximos tres meses... Pasó a la página siguiente... y se quedó rígido.

De un modo involuntario sus ojos se desviaron hacia la puerta, pero sin mover la cabeza. Al parecer nadie sentía especial curiosidad por lo que hiciera. Ya tranquilo, siguió fingiendo leer, aunque lo único que atraía su atención era un pequeño recuadro de papel pegado en la página:

«*No se excite, ni haga gesto extraño alguno. Si quiere salir de aquí, espere hasta las nueve de la noche. Tendrá la puerta abierta. Apague la luz antes de salir, como si fuera a acostarse. Procure no hacerle daño al centinela, pues no tiene culpa de lo que le ocurre a usted. Su esposa está dos puertas más allá y también tendrá la puerta abierta. Salgan a la calle y allí les estará esperando alguien.*» Y, como despedida, firmaba «*Un amigo*», recomendando en una especie de postdata que destruyera el mensaje.

Bryan siguió las indicaciones lo mejor que le fue posible, dadas sus escasas dotes de actor: en un minuto más había repasado el resto del periódico; lo dobló por la página de los pasatiempos y, yendo a tumbarse otra vez sobre el camastro, fingió absorberse en la resolución de un par de complicadísimos crucigramas; de vez en cuando daba una ojeada hacia la puerta, y por fin, cuando le pareció que nadie le observaba, arrancó la nota, prendiéndole fuego al mismo tiempo que a un cigarrillo.

Después, hasta la hora señalada, se dedicó a aburrirse fingiendo lo contrario: los crucigramas progresaban lentamente en su resolución. Por fin echó el periódico a un lado y se quedó mirando el techo.

¿Quién sería aquel misterioso benefactor? Bryan no lograba imaginarlo. Tal vez, incluso, se tratara de una trampa preparada para asesinarlos con la excusa de que intentaban la fuga. Pero era seguro que con toda la máquina que se les había puesto en contra, permanecer allí era una invitación a la muerte. Y Bryan no estaba dispuesto en forma alguna a dejarse matar sin

lucha. Por tanto, decidió hacer cuanto estuviera en sus manos, primero por salir ele allí y, luego, librarse como mejor le fuese posible de los peligros que se presentaran al paso.

Finalmente llegó la hora señalada en la nota. Los últimos cinco minutos los pasó Bryan prácticamente con los ojos clavados en el reloj, viendo correr las manecillas con desesperante lentitud. Se puso en pie y, acercándose a la puerta, apagó la luz. Luego se quedó escuchando: ningún rumor llegaba hasta él. Las pesadas planchas metálicas cedieron silenciosamente al contacto de su mano y se encontró en un pasillo apenas alumbrado por el resplandor que llegaba desde una pequeña rotonda al extremo opuesto.

Bryan marchó con cautela. Al pasar frente a la celda en que, según su anónimo salvador, estaba Laura, sintió que también oscilaba levemente a su empujón. Sin embargo no abrió, prefiriendo correr él solo los peligros que pudiera ofrecer el centinela de que se le hablaba en el papel.

Con infinitas precauciones asomó al lugar iluminado. No era una rotonda como creyera, sino otro pasillo al que desembocaba el de las celdas. Junto al corredor mismo, prolongando una de sus paredes, se abría una puerta que daba acceso a una diminuta estancia en cuyo interior se encontraba el guardián.

El científico se quedó indeciso unos segundos. ¿Qué haría? Era indudable que el otro iba a verle en cuanto asomara, lo cual descartaba el factor sorpresa. Por tanto, la única solución estribaba en colarse allí dentro, atacar frente a frente... y confiar en que sus fuerzas fueran superiores a las del centinela.

Reuniendo todas sus energías, se abalanzó sobre el hombre, que permanecía totalmente ajeno al peligro. Cuando quiso darse cuenta de que era atacado emitió una ahogada exclamación de sorpresa, echó mano al arma que llevaba en la cintura... Pero ya Bryan estaba encima de él, y ambos rodaron por tierra.

Más por pura suerte que premeditadamente, el codo de Hill fue a enterrarse en el gaznate del soldado, casi hundiéndole la tráquea. El infeliz quedó sin aliento y sin ganas de lucha. Bryan le dio la vuelta sobre el suelo, arrancó de su cintura la pistola y, de un fuerte culatazo, dio fin al forcejeo.

Había resultado más sencillo de lo que creyera. Sin perder un segundo, tomó a su desvanecido adversario por las correas que le cruzaban pecho y espalda a partir de la cintura y lo arrastró hacia la celda de Laura. La muchacha comprendió instantáneamente lo ocurrido al ver a su marido, y unió sus fuerzas a las de él. Luego cerraron el calabozo, desatascando la cerradura y, en silencio, se perdieron en el dédalo de pasadizos, en su mayor parte excavados en la roca bajo las cúpulas de Base-Luna, que constituían el cuartel general de la Armada Espacial en el satélite.

Al parecer, el desconocido que incluyera el aviso dentro de las hojas del periódico obraba de buena fe. La hora había dejado semidesiertas las dependencias, no quedando en ellas sino los hombres a quienes sus deberes retenían en sus puestos. Bryan cogió a Laura del brazo cuando se encontraban próximos al zaguán de la entrada principal.

-Pasa tú primero -susurró-. Yo vigilaré desde aquí para protegerte del centinela, si trata de cortarle el paso,

-No -replicó ella rápidamente-. Prefiero que vayamos juntos. Lo mismo me puedes defender estando a mi lado.

Pero era tanta la gente que entraba y salía a todas horas que el que temían fuera un obstáculo se comportó como si no los hubiera visto. Su misión era más decorativa que otra cosa, e incluso les pareció que se esforzaba en mirar hacia otro lado cuando ellos pasaban, cosa que hicieron con toda la rapidez que les permitía el deseo de no llamar la atención con precipitados andares.

Bryan y Laura recorrieron unos pasos mirando a un lado y otro, a la espera de que surgieran por cualquier esquina un grupo de conspiradores embozados en capas y con amplios sombreros cubriéndoles el rostro. Sin embargo no era éste el caso, al parecer. Si la nota había contenido la verdad en todos sus detalles, el comité de recepción se mantenía fuera de la vista por motivos ignorados.

-No veo a nadie que parezca estar observándonos -comentó Laura, a quien él había puesto al corriente de la situación en pocas palabras.

-Si no aparecen, nos vamos a ver en un conflicto -repuso Bryan torvamente-. No podemos salir de aquí, y no conocemos a nadie que nos pueda ayudar. La única solución que nos queda es permanecer por los alrededores a la espera de que vengan a buscarnos... con el peligro de que se den cuenta de nuestra huida.

-¿Desean ir a algún sitio, señores? -la voz que sonó casi a su mismo lado les hizo dar un brinco de sorpresa, traicionando la tensión de nervios que sufrían. Junto a ellos acababa de detenerse un pequeño gravo-reactor conducido por un hombre que a Bryan le pareció familiar.

-No... no, gracias -rechazó, pensando que, pese a los peligros que corrían allí, alejarse era lo mismo que perder toda posibilidad de encontrar a los misteriosos individuos que le facilitaran la fuga.

El conductor sonrió levemente.

-¿Qué ha hecho con la nota, señor Hill? -preguntó. Bryan lanzó un suspiro de alivio, comprendiendo que esto era lo que esperaban.

-De acuerdo -dijo, ayudando a Laura a subir. Una vez acomodados, continuó-: ¿A dónde piensa llevarnos?

-No muy lejos. Ustedes limítense a obedecer órdenes y saldrán con bien de ésta.

-¿Ordenes? ¿En qué sentido? -inquirió Bryan, sospechando que éstas, o sus consecuencias, no iban a gustarle.

-En el único que puede importarles ahora: para salvar su vida. Es lo que puedo decirles. Tal vez más tarde alguien se ponga en contacto con ustedes y les diga lo demás. Yo no soy más que una persona que las cumple también... muy gustosamente y sin cobrar nada, por si le interesa el detalle.

-Me basta... por el momento -asintió el científico-. ¿A ti no, Laura?

-Si ha de libramos de lo que se nos venía encima, sí. Lo que venga luego, ya lo discutiremos sobre la marcha.

-Así me gusta. No creo que roce con sus conciencias lo que se les va a pedir -aseguró el conductor.

Ya no hablaron más. El gravo-reactor les llevó a un gran cobertizo en los límites de Base-Luna. Allí se apearon, e introduciéndose por una pequeña puertecilla, fueron a parar a una habitación de reducidas dimensiones. Estaba vacía.

-Es lo convenido -murmuró el desconocido-. No conviene que nadie sepa más de lo imprescindible de los demás que intervienen en esto. Esperen aquí. Dentro de unos momentos... -dio un vistazo a su reloj -tres minutos exactamente, llegará un hombre. En la mano izquierda tendrá un lápiz y en la derecha el cigarrillo apagado. ¡Fíjense bien en ese detalle! Ustedes tendrán que preguntarle si es *Mac*. Nada más. El les dará más instrucciones.

-¿Y si no lleva el lápiz en la izquierda y el cigarrillo en la derecha? -preguntó Bryan, comprendiendo que aquella forma de invertir las cosas en las manos era una clave de reconocimiento.

-No digan nada. Si alguien les pregunta, limítense a contestar que les han citado aquí... no saben quien. Adiós.

-Adiós... y gracias.

Aguardaron en silencio, no atreviéndose a cruzar palabra por temor a que alguien escuchara. Transcurridos exactamente los tres minutos indicados por el piloto, con apenas cinco segundos de diferencia, se abrió una puertecilla interior para dar paso a un hombre.

Llevaba uniforme de maquinista de la Armada, con las sardinetas de cabo en la manga, y era joven, rubio y de ojos duros. Alzando hasta su boca el cigarrillo que llevaba en la mano derecha, se acercó a Bryan.

-¿Me da fuego, por favor?

El joven se rebuscó en los bolsillos, preguntando al mismo tiempo:

-¿Es usted *Mac*?

-Sí -repuso el recién llegado con una amplia sonrisa. Tomó el encendedor que le ofrecía Bryan, devolviéndoselo luego de utilizarlo-. Vengan conmigo.

Le siguieron por entre grandes pilas de cajas, sugeridoras de que

aquello era un almacén de alguna clase. Instantes después les obligaba a penetrar en un departamento en el que apenas cabían los tres de pie. A lo largo de las paredes se alineaban una serie de pequeños armarios y abrió uno de ellos.

-Ahí tienen ropas. Quítense lo que llevan y pónganselas. En los bolsillos encontrarán documentos a nombre de otras dos personas distintas. Esos son ustedes ahora. Luego metan en un saco que hay ahí todas las cosas de su propiedad y llévenlas consigo. Dentro de él hay instrucciones.

Y sin siquiera despedirse salió, cerrando a sus espaldas.

-Cada vez entiendo menos este misterio -murmuró Bryan.

-Está bastante claro, creo yo -dijo Laura-. Estamos luchando contra una organización de telépatas y es la única forma de hacerlo: no sabiendo quiénes son los compañeros no hay peligro de denunciarlos impensadamente. Creo que empiezo a tener confianza en que nos están ayudando de verdad a escapar.

-Veamos lo que dicen estas instrucciones -Bryan metió la mano en el saco de viaje que les indicara *Mac*, extrayendo una cuadrícula de papel.

Estaba redactado en forma telegráfica:

«Suponemos que las ropas les servirán. Pónganselas. Diríjanse al espaciopuerto. S. F. S. Antares. En los documentos constan sus nombres y puestos de servicio. Despega a las 2400. A bordo recibirán órdenes.»

Luego de leerlo en voz alta se quedó mirando a su esposa. Laura, aprovechando el tiempo, había extraído un uniforme, masculino naturalmente, y se lo estaba probando.

-Este debe ser el mío -de un bolsillo extrajo una mugrienta cartera-. Por si te interesa, cariño, de ahora en adelante me llamo John Kasel. Sin embargo, a mis amigos les permito que se me dirijan como Johnny.

Bryan la imitó, diciendo:

-Pues a partir de este momento le romperé un hueso al que me llame de otra forma que Peter Strong. Bueno, tú, en privado, puedes llamarme Pete.

Rápidamente se endosaron los no demasiado nuevos trajes de marino, quedando convertidos en el ayudante de máquinas Strong y el pinche Kasel.

-Ahora una vuelta por los antros de perdición de Base-Luna y a las once y media, como máximo, en el *Antares*, Johnny. Procura no beber demasiado y ¡cuidado con las pájaras del *Sirio*! Son de cuidado y, si te dejas engatusar por ellas, te sacarán la paga de un año.

Como dos tripulantes más de naves espaciales, se dedicaron a recorrer bares y tabernas. Laura consiguió que su voz sonara lo razonablemente ronca que podía esperarse de un mozalbete, y sin que nadie les molestara en lo más mínimo, cargados con su impedimenta, a la hora señalada se encontraban en la pasarela del *Antares*, imponente crucero de las Fuerzas

Espaciales, exhibiendo su documentación al contramaestre.

-Sois nuevos aquí, ¿verdad? -preguntó el hombre, sin mostrar demasiado interés.

-Sí, señor -repuso Bryan,

-Adelante. Instalaos, e inmediatamente acudid a vuestros puestos. Despegamos dentro de unos momentos.

Lograron hallar un camarote vacío. Al parecer el *Antares* no tenía demasiado completa su tripulación, por lo que los cuarteles del personal resultaban holgados. Los dos jóvenes, pese a que les constaba que podía resultar peligroso el que anduvieran demasiado juntos, no se decidían a separarse tampoco más de lo imprescindible. Además, Laura temía encontrarse en alguna situación embarazosa si se veía obligada a intimar demasiado con algún compañero que ignorase su condición de mujer, lo que daría al traste con gran parte de sus posibilidades.

Una hora después se encontraban a cincuenta mil kilómetros de la Luna, alejándose sin cesar mientras ganaban velocidad, y ya podían considerarse razonablemente a salvo.

¿Qué vendría ahora?

CAPÍTULO VII

-¿Noticias de Luna, Mike?

Hugh Simpson levantó la cabeza de los documentos qué estaba estudiando, para clavar la mirada en su segundo. Este asintió con expresión preocupada.

-Acabo de hablar con Tupper.

-¿Tupper? No le conozco. ¿Quién es? ¿Dónde están Belsey y Lardner?

-De eso, precisamente, quiero hablarte: han desaparecido. Tupper es uno de los otros que tenemos allí, pero se limita a obedecer órdenes. No sabe nada.

-Bien, ¿qué te ha dicho?

-Muchas cosas, y no le saco el sentido a ninguna. Bryan y Laura han escapado de los calabozos de la Jefatura luego de dejar sin sentido a un centinela; luego...

-¿Que han escapado? -saltó Simpson-. ¿Cómo es posible? ¿Les han vuelto a coger?

-Nadie sabe nada de ellos. Como si se hubieran vuelto invisibles. Tupper cree que deben tener cómplices.

-¿Y qué dice Ranke?

-Al desaparecer Lardner nos hemos quedado sin el enlace con él, pero de todas formas daba lo mismo, porque Ranke ha muerto.

-¿Que ha muerto? Pero... -la sorpresa no le dejó decir más. Interrumpiéndose, quedó a la espera de que su subordinado continuara con la exposición de lo ocurrido.

-Según parece, se ha suicidado con una pistola térmica, disparándose en la cabeza. Un ordenanza lo ha encontrado en su despacho, con la parte superior del cuerpo casi desaparecida, al ir a comunicarle la fuga de los presos.

-Acaba con las malas noticias. ¿Qué ha sido de nuestros hombres?

-Lo que te he dicho. Nadie sabe cosa alguna.

Simpson apoyó los codos en la mesa y, juntando las manos, se quedó mirando a Williams, sin verle. Recapacitaba a toda velocidad sobre lo que éste acababa de comunicarle, y al cabo de cinco minutos se reclinó en la butaca y procedió a encender un cigarrillo. Empezaba a llegar a una conclusión.

-Vayamos por partes, porque de lo contrario no aclararemos nada. Primero: Ranke. Si se ha suicidado, los motivos que tuviera para ello serían el arrepentimiento por su debilidad al ceder a nuestras imposiciones, que llevaron a la muerte del coronel Addison. Un sentimiento del deber algo tardío y que representa para nosotros una leve pérdida, a no ser que haya dejado notas o algo por el estilo con respecto a lo que ha averiguado. En

ese caso sería más grave, pero es cosa que está por ver el daño que puede causarnos. Lo mejor será olvidarnos de él por el momento.

Mike Williams, cuyos cortos alcances no le habían permitido llegar tan lejos en las deducciones, movió ahora la cabeza con pesimismo.

-Mal asunto, Hugh.

-Hay que pechar con lo que venga, Mike. Pasemos a lo otro: Bryan y su mujer han tenido que contar, forzosamente, con cómplices. ¿Quiénes son?

El otro se limitó a alzar los hombros en señal de ignorancia.

-Yo tampoco lo sé, como comprenderás. Pero, posiblemente, para ocultarlos y raptar al mismo tiempo a nuestros hombres, tienen que estar bien organizados; eso no se consigue en unas horas, y la consecuencia lógica es que llevan algún tiempo preparando el asunto.

-Eso es peor que lo otro, Hugh -había una leve nota de temor en la voz de Williams.

-Temo que todo esté relacionado. De ahí a llegar a la conclusión de que Bryan se encuentra donde menos imaginemos, no hay más que un paso, lo mismo que para tener el convencimiento de que nos puede hacer mucho daño.

-Y lo peor es que no tenemos ni idea de sus proyectos.

-Cierto, pero él tampoco debe saber mucho sobre los nuestros, o de lo contrario habría actuado en otra forma... A no ser que no haya contado hasta ahora con suficientes fuerzas -agregó como un nuevo pensamiento.

-Pero ahora es posible que haya obtenido de Belsey y Lardner todo lo que le interesaba -interpuso Mike, dando una extraordinaria muestra de agudeza para lo que en él era normal.

-Exactamente -reconoció Simpson, algo abatido-. Eso nos obliga a precipitar los proyectos.

-¿Quieres decir -Mike estaba ahora francamente asustado- que vamos a hacer saltar la bomba ahora? No estamos lo bastante preparados...

-¡Lo sé, lo sé, Mike! -cortó Hugh impaciente-. Es muy peligroso, pero no queda otra solución. Sin embargo vamos a tratar de localizar primero a Bryan. ¿Dónde crees tú que puede estar?

-Pues... no tengo ni idea. Supongo que en la Luna, pero...

-¡Tonterías! Si está allí es porque no piensa atacarnos de momento. Yo opino que se encuentra camino de la Tierra.

-¿Cómo? Controlamos todas las naves...

-Pero no las militares. ¿Cuál de ellas ha salido de Base-Luna después de la fuga?

-No lo sé. Pero puedo averiguarlo en un momento.

Sin salir de la estancia, Williams logró la comunicación deseada y, segundos después, participaba a su superior:

-Sólo una: el crucero *Antares*, al parecer en misión rutinaria de patrulla.

No he podido obtener su rumbo.

-Nos ocuparemos de él más tarde. Ponme en contacto con Caleb Mason y, mientras hablo con él, prepárame una comunicación con Hoare.

* * *

Pocas horas más tarde, el público se enteraba con asombro de varios acontecimientos sensacionales, acaecidos de un modo simultáneo. Las pantallas de televisión difundían ampliamente la noticia de que el Comité permanente del Congreso había dado orden, por medio de su presidente, el Honorable Julius Hoare, para que le fuera levantada la inmunidad parlamentaría al Almirante Benson. Instantáneamente cayó sobre él el Ministro del Interior, Mason, con una elaborada acusación de ineptitud por veintitrés cargos distintos, entre los que se encontraba cierta nebulosa responsabilidad en la catástrofe que destruyó seis meses antes la colosal astronave *Bellatrix* en el cinturón de asteroides, perdiendo la vida dos mil trescientos doce de los dos mil quinientos hombres que componían su tripulación.

El Almirante fue despojado fulminantemente de su cartera de Ministro del Espacio; se le detuvo sin consideración alguna a su ancianidad, y ahora permanecía incomunicado: incluso su paradero era objeto de cabalas.

Casi sin tomar aliento ni permitir que los teleescuchas se recobraran del asombro, el locutor les espetó que iguales medidas se habían adoptado con respecto al Presidente Allenby. Éste sufría arresto domiciliario a la espera de determinar su negligencia al mantener a Benson en su cargo, luego de haberle designado sin demasiado hurgar en sus antecedentes.

-El Comité Permanente, en uso de sus atribuciones, ha decidido -prosiguió el *speaker*- hacerse cargo de la Presidencia y la cartera del Espacio. El Honorable Hoare ha manifestado que no volverán a producirse situaciones como la actual, ya que proyecta pasar al Congreso una resolución vetando la posibilidad de que los militares profesionales sean designados para cargos públicos de cualquier especie, ni aún luego de su retiro.

»Asimismo, tenemos el sentimiento de comunicar a nuestros oyentes que el general Ranke, Jefe de las Fuerzas del Espacio en Base-Luna, se ha suicidado pocas horas después del asesinato del Jefe de su Servicio de Seguridad, coronel Addison. Esto es una muestra más de la incapacidad de los mandos militares para ciertos puestos: Ranke disfrutaba, según parece, de un pasado bastante dudoso; es muy posible que Addison recelara algo en este sentido y le hizo matar. Luego se suicidó, probablemente para eludir responsabilidades.

»Pero la situación parece que va a cambiar. E! Comité ha designado para el puesto que ocupaba el general Ranke al capitán Williams, bien

conocido por todo el mundo por la magnífica labor llevada a cabo al frente del Servicio de Inteligencia de la Agencia Civil del Espacio. Este nombramiento llena otra finalidad, que es la de investigar la desaparición de dos de los mejores agentes a sus órdenes, destacados en Base-Luna; según noticias confidenciales, otro compañero de éstos, cuyo nombre no hemos podido averiguar, fue muerto en una lucha a tiros cerca del Mar de la Serenidad, junto a los montes Hemos.

»Esperamos ampliar esta breve referencia dentro de pocas horas. En tanto escuchen la última composición del glorioso maestro...

Un noventa por ciento de los oyentes cerraron sus receptores al llegar a esta palabra. Deseaban reflexionar sobre lo escuchado. Cinco minutos después, ochenta y cinco de aquellos noventa, daban de lado al asunto con un encogimiento de hombros. ¡Ya se enterarían del resto! En fin de cuentas, ellos no podían intervenir lo más mínimo en la cuestión, y las autoridades estaban mejor enteradas de lo que había que hacer. ¡Que lo hicieran, pues!

El cinco por ciento restante no lo tomó tan a la ligera. Un hombre, concretamente, alojado en el interior de una astronave a dos millones de kilómetros de la Tierra, cerró de golpe su receptor y se puso en pie, saliendo del pequeño cubículo donde tenía su camarote.

Minutos después, un tripulante se acercaba a Bryan Hill.

-Strong, hay alguien que te busca. Está esperando en tu camarote.

-¿Quién?

-No me lo ha dicho, pero es urgente. Yo te sustituyo.

Hill abandonó su puesto en el departamento de comunicaciones, suponiendo que ahora iba a saber lo que se ocultaba detrás de sus misteriosas andanzas de los últimos días. Acababa de escuchar las noticias y ello le hacía creer que no tardaría en empezar el baile.

El individuo que le aguardaba era un verdadero enigma. Por lo que Bryan podía ver de él, lo mismo hubiera podido tratarse de un hombre que de una mujer; su estatura y corpulencia quedaban disimuladas por el amplio capote que le cubría y la extravagante forma de sentarse sobre el camastro, con las piernas recogidas debajo del cuerpo. Llevaba guantes, y una capucha le cubría la cabeza.

-¿Estamos en un baile de máscaras? -preguntó secamente el científico al verle con aquella facha.

-No, señor Hill -Bryan hubiera jurado que sonreía-. Pero es necesario que usted no pueda identificarme en caso de ser hecho prisionero. Le ruego que se desprenda de ese... casco protector que lleva y me lo entregue.

-¿Y si me niego?

-Comprendo que desconfíe de mí. No sabe quién soy. Le comunicaré parte de mis planes para que se convenza de que es necesario que haga lo que le he pedido: ya supondrá que, gracias a nosotros, ha podido escapar de

Base-Luna; de no buscar su bien, nos habría sido más sencillo dejar que fuera juzgado por un crimen que no cometió.

-Eso lo sé... o lo supongo. Vayamos al grano. Acabo de oír la versión oficial de lo ocurrido en Base-Luna, junto con otras cosas. ¿Puede explicármelo?

-En pocas palabras: lo ocurrido en Luna es cosa nuestra, en gran parte forzado por su encarcelamiento. Los acontecimientos de la Tierra significan que su amigo Simpson se ha visto obligado por aquello a iniciar un golpe de fuerza que le lleve, directa o indirectamente, al control del Sistema Solar. Es, precisamente, lo que deseábamos: que mostrara su juego.

-Sigue sin explicarme para qué quiere mi casco.

-Acepte que es para estudiarlo y sacar duplicados de él.

-Será más sencillo que yo le trace un esquema. Si lo que busca es que, caso de que Simpson me capture, no sepa en qué consiste mi descubrimiento, lamento desengañarle. Es telépata y podrá arrancarme el secreto sin ninguna dificultad.

-Lo sé. A usted hemos de agradecer ese extremo de capital importancia. Sin embargo, le ruego que me lo dé; le prometo que lo tendrá de nuevo en su poder antes de una hora. ¿Puede dibujar ese esquema en unos momentos?

-Es sencillo. Los circuitos eléctricos son elementales, y el resto es un simple armazón metálico para sostenerlos. El proyecto inicial, íntegro, era mucho más complicado; pero todavía no pasa de la fase de proyecto.

Bryan tomó una hoja de papel y un lápiz, y comenzó a trazar líneas y signos cabalísticos para el no iniciado.

-Por simple curiosidad, señor Hill -pidió su interlocutor-. Esto no tiene importancia ahora, pero me gustaría saber qué es lo que intentaba usted cuando construyó ese casco. Ha hablado de algo mucho más complicado...

-¡Oh, sí! Trataba de construir unos *ojos* artificiales para ciegos, que actuaran directamente sobre los centros ópticos del sistema nervioso y el cerebro; me basaba en un mecanismo natural semejante, que encontré en Júpiter. Todos los seres jovianos carecen de ojos, puesto que allí no hay luz para aprovecharlos; sin embargo *ven* en cierto modo tan efectivamente como nosotros... Aquí tiene el esquema. Deben procurar que el armazón ajuste exactamente a la forma del cráneo, a fin de que haga buen contacto. En realidad esto apenas podría producirse en serie, pues la forma de la cabeza varía casi en cada individuo.

-Gracias -el desconocido tendió una mano enguantada, haciendo desaparecer el papel-. ¿Me permite ahora lo otro?

-¡Qué remedio! -se resignó Bryan-. Supongo que, si me negara, me lo quitarían a la fuerza.

-Tal vez suponga mal. Puedo asegurarle que no tenemos el menor

interés en convertirlo en víctima propiciatoria. El *Antares* regresa a Base-Luna de acuerdo con las órdenes que se acaban de recibir. Nadie a bordo sabe quién es usted; yo no me cuento porque, oficialmente, no estoy a bordo ni formo parte de la tripulación. Es posible que Williams tenga órdenes expresas de cazarles, y también que hayan supuesto que ustedes habían huido en la nave. De ser este el caso, resultará algo difícil de impedir su captura; pero no teman: mi organización es poderosa según se le ha demostrado ya. La estrella de Simpson está emitiendo sus últimos fulgores antes de apagarse definitivamente.

-¿Cuándo llegaremos a Luna?

-Dentro de tres horas nos estacionaremos en órbita a la espera de órdenes para descender -el misterioso visitante indicó el pequeño armario que había a un lado-. Por favor, tenga la bondad de meterse ahí dentro y cerrar la puerta. Es imprescindible que ignore usted mi aspecto físico. Si se le ocurre mirar me veré obligado, lamentándolo mucho, a meterle un proyectil térmico en el cuerpo. Dentro de un minuto puede salir.

-No olvide devolverme eso en el plazo prometido.

-No lo olvidaré.

Bryan no perdió ni un solo segundo, transcurrido que hubo el minuto de encierro. Todo lo rápidamente que le permitía la prudencia y el deseo de no llamar la atención sobre sí, se encaminó al departamento de cocinas.

-¿Has visto por aquí a Johnny Kasel? -le preguntó al primero de los cocineros que se le puso a tiro.

-Acaba de salir hacía los refrigeradores.

-Gracias.

No tuvo paciencia para aguardar. Cuando llegó al lugar indicado vio que Laura se disponía a regresar ya a las cocinas.

-¿Cuándo terminas tu servicio? -le preguntó sin preámbulo alguno.

-A las seis.

-Son las cuatro ahora -Bryan consultó su reloj-. Bien. En cuanto termines, te invito a un trago. Acude al bar de la cubierta C.

Y, sin siquiera decir adiós, se encaminó a su puesto de trabajo. El hombre que le relevara voluntariamente alzó la vista hacia él.

-No vale la pena que te quedes aquí. Sólo quedan unos minutos de tu guardia. Yo entregaré el puesto a quien corresponda.

-Gracias, amigo. Recuérdame que te debo una ronda.

-Te buscaré, no te preocupes. Esas deudas me las cobro siempre.

Hill no tenía nada que hacer hasta las seis, por lo que, encaminándose a la biblioteca, se dedicó a matar el tiempo hasta unos minutos antes de aquella hora. Entonces regresó a su camarote, comprobando que el misterioso visitante había cumplido su palabra. Volvió a ponerse el casquete y, armándose con la pistola térmica que arrebatara al centinela en

los calabozos de la Luna, marchó a la cita concertada con Laura. La muchacha estaba ya esperándole.

-¿Qué ocurre, Pete? -fue su primera pregunta en cuanto le echó la vista encima.

-Nos vamos de aquí -repuso Bryan en voz muy baja, cuidando que no hubiera nadie al alcance del oído-. Este cacharro regresa a la Luna, y allí estará dentro de poco el mismísimo Mike Williams, esperándonos. Tomaremos una lancha de salvamento. Ven conmigo.

Su profundo conocimiento de las naves espaciales les iba a servir de mucho ahora. Sin la más leve vacilación, Bryan guió a su esposa hasta la cubierta de botes, haciéndola introducirse por una estrecha puertecilla. El la siguió al cabo de unos instantes, luego de realizar una pequeña tarea en el exterior.

-He desconectado la señal que indica al puente de mando la salida de estos aparatos. El radar de localización no funciona para tan corta distancia, y el de meteoritos no denuncia un cuerpo que se aparte; nos dejaremos enviar por la catapulta magnética y no pondremos en marcha los motores hasta estar lo bastante lejos para que no se fijen en nosotros. Así, el único peligro estará en que alguien nos vea por casualidad en los primeros segundos.

Al parecer les acompañó la suerte, pues la formidable máquina bélica que era el *S. F. S. Antares* permaneció muda ante el alejamiento de aquella parte de sí misma. Ni sus emisoras de radio, ni sus terribles cañones y tubos lanzacohetes de largo alcance dieron señales de existencia; y segundos después el diminuto aparato se desvanecía en la distancia con rumbo ignorado.

CAPÍTULO VIII

Si alguna vez hubo un comodoro furioso, éste era Landis, el comandante del *Antares*. Desde luego tenía sus motivos para ello. Luego de encontrarse a un millón de kilómetros de la Luna y acelerando en cumplimiento de las órdenes recibidas, un par de idiotas del Gobierno Central habían tenido la peregrina idea de destituir y encarcelar al venerable Almirante Benson, poco menos que el ídolo de la Armada, acusándole de incompetencia. Inmediatamente todo quedó trastocado. Un capitancillo civil, que menos de un año antes no era otra cosa que un oscuro tripulante sin graduación en una nave de la Agencia del Espacio, poseedor de uno de los cocientes de inteligencia más bajos del Sistema Solar, había quedado designado por *mandamás* en Base-Luna; el *Antares* tuvo que dar media vuelta para regresar al punto de partida... ¡y se tuvo la desfachatez de impedirle descender hasta que hubiera llegado el nuevo jefe de la Base!

Y, para colmo, ahora le enviaban un cadete de la última promoción, con órdenes de que dentro de media hora tenía que estar formada toda la tripulación del navío en la explanada frente a la torre de mando del espaciopuerto.

-¡Oiga usted, jovencito! -rugió-. ¿Esos son los modales que le enseñaron en la Academia para presentarse ante un superior? -la verdad era que el cadete mantenía una impecable posición de firmes, pero en algo tenía que desahogarse el comodoro. El muchacho se puso aún más rígido, si esto era posible-. Dígale a ese cretino de Williams que estudie las Ordenanzas y verá que no puedo dejar desguarnecido el barco. Y, a continuación, agregue que no me da la gana tampoco de hacer lo que me pide. Si quiere algo de mí o de mis hombres, que venga aquí a decírmelo en la cara. ¡Lárguese!

Diez minutos después, el mismo cadete regresaba con la respuesta de Williams. Había transmitido palabra por palabra el recado de Landis, y la acogida no fue precisamente jubilosa. Ahora hubiera temblado como azogado a no dominarse con una voluntad de hierro.

-Perdón, señor. Lamento lo que me veo obligado a decirle, pero cumplo órdenes. El capitán Williams me encarga le transmita la orden de constituirse en arresto y dirigirse a la comandancia bajo mi custodia. Caso contrario, entenderá que comete usted el delito de rebelión y el *Antares* será considerado nave pirata con todas las consecuencias.

Landis se limitó a sonreír irónicamente.

-¿Le has dicho que es un cretino, hijo? -inquirió con su voz más amable-. ¿Y que no me da la gana obedecerle?

-Sí, señor.

-Descansa -el jovencito echó un pie atrás, cruzando las manos a la

espalda-. No, así no. Relajado. Toma un cigarrillo y olvida la disciplina por un momento.

-Gracias, señor -el muchacho tendió tímidamente la mano para aceptar el cigarrillo-. El señor Williams ha estado a punto de pegarme. ¿Debo entender que se niega a obedecerle, señor?

-Exactamente. Dile... o mejor dicho, espera. Se lo diré yo mismo -en unos momentos estuvo en comunicación con el cuartel general de la Base. Al ordenanza que apareció en la pantalla le ordenó con voz desabrida-: ¡Dile al idiota de Williams que quiero hablarle!

-Muy bien. Comodoro.

Segundos después su imagen era sustituida por la del flamante Jefe de Base-Luna. Mike Williams echaba, literalmente, espuma por la boca.

-¿Qué juego es este, Comodoro? ¿No ha oído mis órdenes?

-Tengo aquí a tu mensajero, Mike. Y he de decirte que te queda mucho camino por recorrer hasta que puedas mandarme a mí. ¿O no te acuerdas ya de cuando fregabas platos en mi nave? No hace mucho tiempo, y recuerda que te envié al servicio civil porque eras incapaz de distinguir la diferencia entre un traje espacial y un torpedo.

-¡Soy su superior! Si se niega a obedecer, le...

-¡Y un cuerno! Me niego a obedecer, y no pasa nada. En primer lugar porque, si se hace un solo disparo contra mi nave, volará toda la Base, y tú con ella. Y en segundo, porque no hay nadie que haga ese único disparo. ¡Inténtalo! Si quieres algo, te espero aquí. No traigas más de diez hombres de escolta o te volverás por donde vengas.

-¡Iré, no lo dude! ¡Y se arrepentirá toda su vida de haberme desafiado!

Pero hablaba para una pantalla que estaba muda. Landis se volvía hacia el cadete:

-Ya has oído. Puedes volverte si quieres, y te relevo de la obligación de presentarte a dar cuenta. Sin embargo, me has sido simpático, muchacho. ¿Qué te parece el *Antares*?

-Un buque magnífico, señor.

-Si quieres quedarte, hay una plaza para ti. Ando corto de personal. Ya arreglaremos lo del papeleo.

¡Claro que aceptó! El agradecimiento casi le hacía saltar las lágrimas. ¡Nada menos que navegar con el famoso comodoro Landis, uno de los más influyentes de la flota del Espacio! No en balde se permitía rebelarse contra aquel mequetrefe impuesto por la autoridad civil.

Media hora más tarde el cadete Johnson formaba en la guardia que recibía a Mike Williams; éste no pudo menos que soltar un respingo al captar los pensamientos que fluían de las mentes de los que le rodeaban... para palidecer seguidamente ante la burlona sonrisita del comodoro. ¡Además, su cerebro aparecía cerrado a las penetraciones del *krull*!

Además, el contramaestre tuvo la desfachatez de no emitir los golpes de silbato reglamentarios cuando subía a bordo un oficial de alta graduación.

-¿Satisfecho, comodoro? -inquirió, a punto de estallar de ira.

-No mucho: a los superiores se les saluda, y tú pareces haberlo olvidado. Fíjate en los que te acompañan -en efecto, la oficialidad que escoltaba, no de muy buena gana, a Williams, cumplía a la perfección lo ordenado para el caso-. Sin embargo te lo perdono por esta vez. ¿Qué buscas aquí?

-Se sospecha que unos desesperados criminales se ocultan a bordo del *Antares*, tal vez disfrazados como miembros de la tripulación. He de practicar un registro a fondo.

-Si no fuera porque me haces reír, Mike, te arrojaría desde lo más alto de la ojiva de proa. El único *desesperado criminal* que hay aquí eres tú. Pero haz lo que te parezca... siempre que con tus torpezas no me causes ninguna avería.

Williams sentía gruesas gotas de sudor sobre su frente, causadas por el esfuerzo vano de intentar la penetración en la mente del comodoro. Los demás eran presa fácil para él y no sabían nada: se limitaban a cumplir órdenes... gustosamente. Pero Landis...

La nave era colosal y les llevó más de dos horas para hacer un somero recorrido. Mike buscaba mentes ocultas o que se le resistieran; pero, salvo la del comodoro, no pudo encontrar ninguna. Al fin halló algo, pero totalmente distinto.

-Faltan dos lanchas de desembarco. ¿Dónde están?

Landis se alzó de hombros.

-Por ahí. Es posible que se me hayan perdido. ¿Por qué?

-¡Las han utilizado los criminales que busco para huir!

-Eso es mucho suponer. Demuéstralo. Yo niego que nadie haya salido sin mi permiso.

-Entonces... -la limitada inteligencia de Williams fue incapaz de captar el sentido de aquellas palabras, pero su don telepático le permitió robar el razonamiento de los demás-. ¡Usted les ha ayudado!

-Suponiendo que sea así... cosa que no admito. ¿Me ha ordenado alguien que impidiera la salida de persona alguna?

-¿Quiénes eran?

-Averígualo.

-¿Bryan Hill y su esposa?

-Tal vez. No te canses, Mike. De nadie, sino de mí, puedes obtener las respuestas, pues los demás no saben nada... y yo no me dejo hurgar la sesera.

Mike entendió ahora lo que quería significar el comodoro. Su primer impulso fue echar mano a la pistola.

-¿Qué sabe usted?

-Más de lo que supones. Amenázame con un arma y no saldrás vivo de aquí. Y no se te ocurra intentar detenerme, como pretendes. Voy contigo... pero llevándote prisionero. He de hablar con tu jefe.

-¿Mi jefe... el señor Hoare?

-¡No, idiota! ¡Hugh Simpson! Hoare es una marioneta que no tardará en caer junto con vosotros. Me lo estás contando todo con gran lujo de detalles. ¡Desarmadlo!

Los propios militares de la escolta de Williams se apresuraron a cumplir la orden. Éste comprendió que no tenía nada que hacer. La torpeza de Simpson había consistido en tratar de imponer unos jefes civiles a quienes, por solidaridad y espíritu de cuerpo, no los tolerarían.

Y mientras se encaminaban a la Jefatura, Landis no cesaba de escarbar en la mente del cómplice de Simpson, averiguando hasta los más mínimos detalles de la intriga. Por ello, cuando estuvo en comunicación con Hugh, pudo tratarle con el tono autoritario de quien tiene todos los triunfos en la mano.

-Estás perdido, Simpson -le participó-. Entrégate ahora y quizá salves el cuello. Tengo prisionero a tu segundo, Williams, y los secretos que atiborran su cabeza están ansiosos por pasar a la mía. La comedia ha terminado.

-No sé de qué me habla, comodoro -replicó Simpson-. Williams ha sido enviado por el Comité que hace las veces de la Presidencia. Yo no tengo nada que ver con ello, pero sospecho que usted se ha colocado en mala situación al desafiar las órdenes del gobierno. ¿Pretende desafiar a la Tierra desde Base-Luna? Con que nos limitemos a bloquearle tendrá que rendirse por hambre antes de un mes.

-No durarás tanto, Simpson -y con aquellas amenazadoras palabras terminó la entrevista. Seguidamente el comodoro se puso al habla con Hoare, repitiéndole la advertencia, y por fin se dedicó a organizar el nuevo estado de cosas en la Luna.

De momento no quedaba nada más por hacer.

* * *

Hugh Simpson y Julius Hoare se pusieron rápidamente de acuerdo. Al parecer, la Flota Espacial en pleno se solidarizaba con los jefes rebeldes, formando bloque con ellos, y amenazaban con un ataque masivo a la Tierra. Esto podría conducir a una catástrofe, si llegaba a producirse.

-Pero no lo harán -afirmó Simpson confiadamente-. Todos ellos tienen familiares aquí. Y sufrirían indirectamente las consecuencias.

-He ordenado que estén alerta todas las alarmas -dijo Hoare-. Ninguna nave no identificada podrá acercarse a menos de doscientos mil kilómetros

sin ser derribada por las defensas de tierra.

* * *

Sin embargo, estas alarmas esperaban un ataque de naves de gran tamaño. Por ello nadie se percató del diminuto aparato que, a gran velocidad, se introducía en la atmósfera. Solamente, cuando estaban a doscientos kilómetros de altitud, una solitaria pantalla de radar cruzó casualmente sus rayos con ella.

A bordo viajaban Bryan y Laura Hill.

-Yo opino que es una locura, Bryan -decía la muchacha.

-Estoy de acuerdo contigo, pero, ¿quieres decirme a qué otro lugar podemos dirigimos con este cascarón? Con un poco de suerte podremos perdernos entre la gente y esperar la ocasión.

La navecilla descendió en una región relativamente deshabitada del Canadá, en medio de las Montañas Rocosas junto al lago Maligne. Bryan había elegido acertadamente el lugar, apenas tocado por la mano del hombre, que les permitiría un respiro... o se lo hubiera permitido a no ser por aquel puesto de vigilancia.

Tal como se desarrollaron las cosas, apenas habían puesto pie en tierra cuando un avión ultrarrápido comenzó a cernerse sobre ellos.

-Nos han localizado al descender -adivinó Bryan-. ¡Al bosque!

Sin embargo sabía que era poco menos que inútil. El avión no les había visto, pero sí identificó con toda facilidad la pequeña navecilla como perteneciente al *Antares*. Y, al cabo de una hora, los alrededores hervían literalmente de patrullas del Servicio de Inteligencia Civil del Espacio: Simpson pretendía capturarlos para sí mismo.

Se inició la caza. En realidad el asunto no resultaba fácil para ninguno de los dos bandos, ya que, si bien los fugitivos apenas podían moverse sin correr el riesgo de que les localizaran, sus perseguidores tenían una gran extensión de abrupto terreno montañoso y cubierto de bosques en que buscarles.

Bryan vio en esto una remota posibilidad.

-Fíjate que son prácticamente la guardia personal de Hugh -susurró-. Eso significa que su número no puede ser demasiado elevado. Debemos aprovecharlo para alejarnos cuanto antes. La noche no está muy lejos.

Habían encontrado un escondrijo bastante seguro, pero en el que corrían el riesgo de ser hallados antes o después. Se trataba de una grieta entre dos peñascos, en la que crecían altos matorrales y hasta un retorcido pino. La maleza les protegía, y sólo un minucioso examen hubiera podido revelar su presencia; sin embargo se encontraba demasiado próximo al lugar de aterrizaje.

Finalmente cayó la oscuridad sobre ellos, permitiéndoles salir

cautelosamente. Ni la noche interrumpía la búsqueda, y los alrededores se veían asaeteados por las deslumbradoras bengalas que se encendían inesperadamente en las alturas para traer un día ficticio a amplios sectores de terreno durante unos minutos. En cierta ocasión tuvieron que precipitarse de cabeza a un matorral, permaneciendo largos instantes inmóviles, conteniendo la respiración a la espera de quedar sumergidos nuevamente en las sombras.

El objetivo de Bryan era una cresta montañosa, no demasiado elevada, que tenían enfrente mismo. Suponía que, si llegaban a situarse al otro lado, las probabilidades de ser descubiertos disminuirían considerablemente.

Laura lanzó un gemido, dejándose caer al suelo.

-¡Oh! -dijo ahogadamente-. Creo que me he torcido un tobillo, Bryan. Déjame aquí. Tú solo podrás escapar más fácilmente.

-Ni lo sueñes -Bryan se inclinó para comprobar la magnitud del daño. Al parecer no había dislocación-. Te llevaré. En pocos momentos podrás andar otra vez. Sólo tienes un tendón distendido.

-¡Huye tú solo, Bryan! -pidió la muchacha-. Sabes de sobra que, si tienes que llevarme, acabarán por descubrirnos.

-Es preferible arriesgar alguna posibilidad de esa forma. ¿No comprendes que si te cogen a ti me veré obligado a entregarme a ellos por temor a lo que pueda ocurrirte?

-¡Te matarán si te capturan!

-Eso está por ver -replicó él torvamente-. A Hugh le intereso mucho más vivo que muerto.

Pero no ignoraba que esto era una piadosa mentira disfrazada de verdad. Simpson no le mataría inmediatamente, si le era posible evitarlo; pero tampoco le iba a costar mucho tiempo obtener de él todo cuanto albergara de interés en su cerebro. Luego habría pasado a ser un estorbo y...

Desechó el pensamiento. Mientras le quedara vida, por muy apurada que pareciese la situación, siempre habría alguna esperanza de salir de ella. Inclinándose, tomó a su esposa en brazos y reanudó la penosa marcha, ahora con más lentitud.

Ninguno de los dos supo jamás las horas que caminaron, siempre ascendiendo, sin que la cumbre que se habían fijado como meta pareciera acercarse lo más mínimo. De vez en cuando, Laura daba unos doloridos pasos, para acabar por derrumbarse nuevamente. El cansancio y la distensión que sufría eran más de lo que sus fuerzas podían soportar pese a la voluntad que ponía en ello.

Pero tomándose breves descansos, jadeantes, a veces casi a rastras, proseguían hacia arriba.

Hasta que, al fin, ocurrió lo temido. Quizá sus agotadas energías embotaban los sentidos de la pareja, o tal vez el gravo-reactor se aproximó

silenciosamente hasta corta distancia; lo primero que supieron fue que una deslumbrante luminosidad les rodeaba por todos lados cuando se encontraban en medio de un claro en que no cabía encontrar escondite alguno. Bryan se volvió sorprendido, dejando a Laura en el suelo, y empuñó la pistola térmica.

-¡Huye mientras yo los contengo! ¡Ocúltate entre la maleza y luego nos reuniremos! -ordenó.

La muchacha vaciló un segundo únicamente. Por fin, comprendiendo que era el único camino posible, echó a correr.

Bryan hizo un disparo cuando los ocupantes del vehículo aún no habían tenido tiempo de echar pie a tierra. Tal vez la suerte, o una puntería más certera de lo que él osaba atribuirse, hizo que el proyectil fuera a estrellarse contra la parte baja de la máquina, y el intenso calor desarrollado hizo el resto: el gravo-reactor apuntó con la proa hacia el estrellado cielo, deslizándose rápidamente hasta chocar con su parte trasera contra un amontonamiento de rocas, y luego continuó rodando por la ladera, alejándose de él.

-No creo que hayan quedado en muy buenas condiciones -pensó con cierta tristeza. No resultaba agradable dar muerte a unos hombres que jamás fueron sus enemigos personales, aunque, posiblemente, ahora no habrían dudado en hacer lo mismo con él.

Echó a correr en la dirección seguida por Laura. Pero el estruendo de la catástrofe que había provocado llamó la atención de otros hombres de Simpson que andaban por las cercanías. Cinco minutos después, los alrededores pululaban de máquinas, y en el cielo oscilaban hasta diez o doce bengalas pendientes de sus paracaídas. Un grito de Laura le indicó que también ella había sido descubierta.

-¡Entrégate, Hill! -llamó una voz desconocida-. Tenemos a tu mujer con nosotros, y lo pasará mal en caso contrario. No tienes escapatoria posible.

Comprendió que era así. No podía abandonar a Laura, expuesta a las represalias que, indudablemente, tomaría Simpson con ella. Rodeado por todas partes, aunque pocos de sus perseguidores le resultaban visibles, alzó los brazos resignadamente.

-Está bien. Venid cuando queráis.

Un minuto después, debidamente custodiados, Bryan y Laura corrían a bordo de un rápido gravo-reactor en busca de la ignorada suerte que les deparaba Hugh Simpson.

CAPÍTULO IX

Con gran sorpresa de Bryan, en lugar de conducirles a la sede de la Agencia del Espacio, sus captores se dirigieron a una abrupta región montañosa en el Estado de Idaho, próximo a la Divisoria Continental. Hill calculó que no andarían muy lejos de la cordillera del Río Perdido. Siguieron por un agreste cañón de escarpadas y altísimas paredes, y cuando éstas torcieron de pronto en ángulo casi recto, el gravo-reactor que les llevaba siguió adelante hasta introducirse en una estrecha caverna por cuya abertura había que maniobrar con sumo cuidado en evitación de una catástrofe.

Pocos metros más adelante, la cueva se ensanchaba, obviamente debido a la mano humana.

El vehículo se detuvo junto a uno de los muros para dejar sitio a los que venían detrás, y poco después el lugar quedaba atestado. Dos de las máquinas tuvieron que quedarse en el pasadizo de acceso por falta de espacio para ellas.

El que parecía dirigir la expedición, totalmente desconocido para Bryan, se le dirigió por vez primera:

-Ha terminado el viaje, Hill. Desciendan.

Bryan estuvo ocupado la mayor parte del recorrido en atender lo mejor posible el lesionado tobillo de su esposa, con la que sus guardianes le habían impedido cruzar palabra que no fuera perfectamente oída por ellos. Ahora la tomó en brazos y, obediente a la orden recibida, se apeó.

-¿Por dónde hemos de seguir? -inquirió.

-Vayan detrás de mí -fue la réplica.

El secuaz de Simpson echó a andar por entre los aparatos que llenaban el recinto, dirigiéndose hacia un estrecho pasadizo que se abría a corta distancia de allí. El lugar estaba profusamente alumbrado con lámparas de hidrógeno, de un modelo muy reciente, que no producían sombra alguna ni deslumbraban.

-Parece que gozamos de comodidades aquí -observó Bryan por decir algo.

-De más de las que usted cree, Hill -sonrió el otro secamente-. No tardará mucho en comprobarlo.

En efecto. Menos de cinco minutos de marcha por aquel túnel les llevaron a otro mucho mayor, de colosales proporciones en realidad. Y para asombro de Bryan, pudo comprobar que lo llenaba casi completamente una enorme astronave a la que él creía a muchos millones de kilómetros de la Tierra.

-¡El *Júpiter*! -exclamó, sin poderse contener. Entre centenares de ellas hubiera reconocido la robusta construcción del casco, expresamente

armado para resistir las formidables presiones de la baja atmósfera del planeta cuyo nombre llevaba, las finas y aerodinámicas líneas y las aletas que corrían sobre toda su longitud para permitirle navegar en los densos océanos de metano y amoníaco que ocultaban la líquida superficie del mayor de los hijos del Sol.

-Asombrado, ¿eh? -observó sardónicamente el otro-. Es nuestro cuartel general. Vamos.

Bryan le siguió sin pronunciar palabra. Uno de los grandes ascensores de carga estaba bajado y en él se acomodaron los dos prisioneros y cuatro de sus captores. Una vez arriba, por caminos bien conocidos del científico, se dirigieron a una cámara vecina al cuarto de mandos: era el despacho del capitán de la nave.

En su interior había un hombre bien conocido de Bryan y su esposa. Hugh Simpson se incorporó levemente en su asiento de detrás de la amplia mesa de control, sonriendo con la misma simpatía que siempre les dedicara.

-Retírate, Phil -ordenó a su secuaz. Este pareció vacilar un instante.

-Pero, jefe...

-He dicho que te retires. El señor Hill y su esposa son buenos amigos míos -hablaba con suavidad, pero nadie mejor que Bryan para comprender lo mortífero de aquel tono. Por algo la mente de Simpson era un libro abierto para él en aquellos momentos. Phil, a regañadientes, obedeció. Simpson se quedó mirando al matrimonio con expresión divertida.

-Extraña situación, ¿verdad, Bryan? -comenzó-. Tal vez te preguntes por qué os consiento llevar esos aparatos con que lográis de mí lo que yo consigo de los demás... Bueno, no te lo preguntas porque sabes tan bien como yo el motivo. Yo lo encuentro divertido. Ya sé que no tenéis ninguna necesidad de que os hable, pero un monólogo por vuestra parte sonaría a absurdo. Di algo, Bryan. Procuremos guardar las apariencias de una conversación normal.

-¿Por qué nos has traído aquí?

-¡Oh! -Simpson sonó desilusionado-. Creí que tratarías de sonsacarme aprovechando la ventaja que tienes sobre mí.

-No tengo demasiado interés en pequeños detalles. Sé lo importante -Bryan mantenía el rostro rígido-. ¿Qué quieres de nosotros?

-Deciros que lamento lo ocurrido con vosotros. Tal vez fue un error, y es posible que me cueste caro... relativamente. Sabes a la perfección que mis palabras pueden tomarse sin doble intención alguna. Siempre os estimé en mucho... y sigo haciéndolo.

-No mientes -reconoció Hill-. Pero temes, al mismo tiempo, verte obligado a eliminarnos si no aceptamos colaborar contigo de buena fe y con lealtad... cosa esta última que podrás comprobar con certeza despojándonos de los... aparatos que llevamos en la cabeza. ¿Correcto?

-Hasta la última sílaba. ¿Qué respuesta dais?

-Por mi parte, ¡no!... y no trates de hacer uso del arma que posees: mi mujer. Ella comprenderá que el sacrificio de nuestras vidas tiene poca importancia al lado del daño que podríamos ayudarte a hacer.

-Me gustas, Bryan -Simpson no apeaba la sonrisa de sus labios-. Confío convencerte, sin embargo, y prueba de ello es que os permito conservar la intimidad de vuestros pensamientos...

-¿Vas a sacarnos al espacio? -le interrumpió Laura de súbito-. ¿Pretendes llevarnos a Júpiter?

-Sí. Tengo la idea de que ese *casco* que ha inventado Bryan por casualidad, puede tener aplicaciones muy curiosas... incluso con algún perfeccionamiento podría suplir la facultad que poseo yo, o ampliarla. Las posibilidades que se me ocurren no admiten límite.

-No me extrañaría que pudiera ser así, Hugh -convino Bryan-. Pero no confíes en mi ayuda... Bueno -se interrumpió, sonriendo tristemente-, ya sé que puedes obtenerla sin forzarme físicamente. Te basta con introducir en mis oídos una pregunta para que mi cerebro te dé la respuesta instantáneamente... si la conozco.

-Exacto. Estáis en mis manos, Bryan. Reconócelo. En Júpiter puedo capturar todos los *krull* que me sean necesarios para proveer con ellos a mis hombres, que son de absoluta confianza... por ahora. Lo que quiero impedir con tu ayuda es que dejen de serlo en cuanto se vean con poderes iguales a los míos, para lo que me ayudaría mucho la posibilidad de poder despojarles de ellos a voluntad y escrutarles el cráneo cada vez qué lo considere oportuno. Mike y yo podemos impedirnos mutuamente tal escrutinio, si así lo deseamos.

-Cometiste un error al tratar de matarnos, Hugh -afirmó Bryan, captando el hilo de los pensamientos de su interlocutor-. Tu precipitada acción te ha hecho desencadenar fuerzas que ahora no puedes controlar, por no tener en tu mano todas las riendas. Temes verte obligado a una huida momentánea.

-Así es. La Flota está en el espacio, aunque el *Júpiter* pueda esquivarla con facilidad si decido salir ahora: lo tengo equipado con todos los artificios conocidos para evitar la detección. Estamos, por lo demás, bloqueados en la Tierra y no quiero verla destruida en un posible ataque que sería también desastroso para los agresores: no tiene objeto reinar sobre unas ruinas humeantes. Espero...

Le interrumpió una precipitada llamada en la puerta. Phil entró sin aguardar a que se le diera permiso para ello.

-¡Hoare y Mason están aquí, jefe! -anunció jadeante-. ¡Quieren hablarle con toda urgencia!

-Bien. Tráelos. ¿No te han dicho qué noticias traen?

-No.

-Lo dicho, pues. Hazlos venir aquí inmediatamente.

-De modo -dijo Bryan cuando el otro hubo salido- que ni tus propios hombres de confianza conocen tus poderes.

-No todos. Prefiero no asustarles. Solamente los de *verdadera confianza*, que en muchos casos no son los que ocupan los más elevados puestos, conocen la verdad. Phil no pertenece a esa categoría.

Calló al abrirse de nuevo la puerta, dando paso al Honorable Julius Hoare y su acólito Caleb Mason, prácticamente los hombres más poderosos de la Tierra en aquellos momentos... de un modo nominal. La realidad era un poco distinta.

Bryan no tuvo dificultad alguna en saber lo que les traía allí, sin necesidad de recurrir a preguntas o esperar a que hablasen: la poderosa mente de Simpson había absorbido todo el torbellino de temores, ideas vacilantes y noticias desagradables que rugía en el interior de ambos políticos, y el científico captó de él una noción exacta de los acontecimientos.

Sin embargo, fingiendo una absoluta ignorancia, Simpson inquirió:

-¿Qué os trae por aquí... a los dos juntos? ¡Tenéis órdenes concretas de no venir, o en todo caso hacerlo uno solo!

-Todo está perdido, señor Simpson -gimió Hoare-. Los demás miembros del Comité han sido interpelados en el Congreso acerca de nuestras últimas medidas. Ya sabe usted que no todos formaban a nuestro lado. Yo logré eludir la citación fingiéndome enfermo.

-¿Eso es todo? -rugió Simpson, no permitiendo, a pesar de todo su furor, que los otros lograran de él ningún indicio de su extraño poder. Una cosa era que, a causa del incidente de Bryan, hubiera corrido el rumor; pero otra muy distinta el que se supiera con certeza-. ¿Y, sin más, huís como ratas? ¡Valientes ayudantes me he buscado!

Mason, llevado por la costumbre de desconfiar de todo, paseó la mirada por el recinto.

-¿Se puede hablar libremente, señor Simpson? -preguntó, señalando a Bryan y su esposa.

-¡Sí! ¿Qué es lo que tienes que decir tú?

-Que Julius tiene razón. El hacer lo que hemos intentado era una locura en estas circunstancias. No estábamos lo bastante preparados. Lo más seguro es que en dos o tres días se venga abajo todo el tinglado y las fuerzas con que ahora contamos para defender el planeta se unan a la Flota del Espacio.

Simpson rió fuertemente.

-¡Imbéciles! ¿Tan necio me creéis para pensar que iba a exponer todas nuestras posibilidades en un golpe sin esperanza? ¡Tengo mis triunfos

ocultos, que saldrán a la luz cuando nos convenga! ¡Regresad a vuestros puestos y defendeos con toda energía! Yo procuraré que la oposición vaya desapareciendo paulatinamente, sin que nadie se de cuenta de ello. ¡Con vuestro estúpido pánico estáis arriesgando el éxito del plan! ¡No volváis a presentaros ante mí sin ser llamados!

Las últimas palabras eran un verdadero estallido de cólera. Bryan se asombró de que aquel hombre pudiera ser tan consumado actor. Sin embargo, Mason no se dejaba convencer tan fácilmente.

-Pero usted está aquí, en el *Júpiter*, preparándolo para la salida.

-De modo -exclamó Hugh luego de unos instantes de silencio -que desconfías de mí. Ya no recuerdas quién fue el que te sacó de aquella tenebrosa oficina en que te estabas dejando los huesos a cambio de nada, para subirte a tu actual posición casi omnipotente... Sí, estoy preparando el *Júpiter*, como lo llevo haciendo desde que lo trajimos aquí en secreto, convirtiéndolo en la máquina más capaz que en ningún tiempo cruzó el Sistema Solar. Pero eso no significa lo que tú insinúas. Sin embargo, os concedo una alternativa: quedaos aquí y perded todo lo que tenéis ganado, a cambio de convenceros de que no pienso dejaros en la estacada. ¿Hace?

Pese a lo débil de la argumentación, se vio bien a las claras que los dos vacilaban: no era necesario poseer el don de la telepatía para comprenderlo. Finalmente cedieron, porque la elección no era dudosa.

-Está bien -convino el Honorable Hoare-. Haremos frente a lo que venga y procuraremos resistir hasta que usted nos refuerce con sus proyectos. ¿No puede anticiparnos en qué consisten?

-Lo siento, Julius -Simpson movió negativamente la cabeza-. El saber lo que se avecina tal vez quitaría naturalidad a vuestra actuación. Sabéis bien la defensa que os conviene esgrimir. Hacedlo y dejad de preocuparos por lo demás.

A regañadientes se retiraron, prometiendo tenerle al corriente de los acontecimientos por medio de una emisora especial equipada con un dispersor de ondas.

-Eres un pillo redomado, Hugh -dijo Bryan sin poderse contener-. Tu único proyecto consiste en marcharte de aquí, porque sabes que no tenéis nada que hacer. Luego repetirás el golpe en forma que ahora únicamente tienes esbozada muy esquemáticamente.

-Exacto, amigo mío -sonrió el otro, imperturbable-. Di un paso precipitado al tratar de eliminarte y ello ha podido costarme la ruina. Al menos ha destrozado todo cuanto conseguí en los últimos tiempos. Mike Williams está prisionero en Base-Luna. Mis hombres clave introducidos en las altas esferas gubernamentales caerán, y pueden sentirse agradecidos si no se les condena por alta traición. Pero yo tengo el *Júpiter* y doscientos hombres leales para tripularlo... a más de una base secreta en Titán. Con

todo ello, y tú para perfeccionar el... ¿cómo lo llamaremos? Ha de ser un nombre sonoro, que refleje poder mental... Ya hablaremos de eso otro día. Ahora...

Tendió la mano sin terminar la frase. Bryan y Laura, comprendiendo perfectamente lo que se deseaba de ellos, cruzaron sus miradas y el primero asintió con la cabeza.

-Puede quitárnoslos a la fuerza, querida. ¿Para qué discutir?

Ambos se despojaron de la especie de redecillas metálicas que llevaban pegadas al cráneo, ocultas bajo el cabello. Bryan se quedó mirando la suya con cierta tristeza mientras se aproximaba a la mesa de Simpson para depositarla allí con todo cuidado. Hugh ofrecía una expresión algo perpleja.

-Sois una continua fuente de sorpresas, amigos míos. Estaba totalmente convencido de que al leer vuestros pensamientos me enteraría de los planes de mis enemigos para capturarme, pero veo que ignoráis, lo mismo que yo, quiénes son y lo que proyectan. ¿Así que alguien dejó abierta vuestra celda y preparó la documentación para que os introdujerais en el *Antares*, y vosotros salisteis de allí por vuestra propia cuenta al saber que regresaba a Luna? Es posible que eso haya redundado en mi favor, por varios motivos: por un lado poniendo en mis manos tu invento junto con la persona que más sabe de él; y por otro el entorpecimiento que vuestra inesperada huida haya traído a mis adversarios. Salid. Phil os llevará a tu antiguo camarote, del que no deberéis salir hasta tener órdenes para ello. Más tarde te será permitido el acceso al laboratorio para que continúes trabajando, Bryan. A la puerta de donde te halles habrá siempre un guardián dispuesto, lo mismo a atender vuestros deseos que a impedir cualquier contravención por vuestra parte.

No se habló más. Los Hill se dirigieron a la puerta por donde entraran; al otro lado estaba Phil, el ayudante de Simpson, junto con un individuo cuya catadura moral aparecía perfectamente reflejada en sus brutales facciones.

-Síganme -ordenó el primero.

-Sabemos el camino, Phil. No te molestes -rechazó Bryan amablemente, pensando que el otro se opondría a dejarles solos. En efecto, así fue.

-Burly es su acompañante desde ahora, señor Hill. Le aconsejo que ande con cuidado porque siente gran afición a demostrar a los demás la fuerza de sus puños y su puntería con un arma de fuego. Le aseguro que en ambas habilidades hay pocos que le igualen.

-Tendré en cuenta el consejo, gracias -asintió Bryan en tono de burla, Y echó a andar, prendiendo fuego a un cigarrillo.

Laura, a su lado, inquirió en voz baja:

-¿Cómo crees que acabará esto, Bryan?

El científico se encogió de hombros. También le preocupaba lo mismo.

-¿Quién sabe? Por de pronto Hugh no tiene intención de hacernos daño, si obedecemos sus disposiciones. Y no nos queda otro remedio que obedecerlas.

-Pero, ¿vamos a hacerle el juego sin oponer nada?

-Sabes que por mi gusto, no, pequeña. Sin embargo, no se trata de realizar actos de heroísmo o resistir a las torturas. Hugh puede obtener de nuestros cerebros cuanto quiera, simplemente provocando respuestas con astucia. Y nosotros no podemos evitar dárselas, hagamos lo que hagamos... Es aquí, ¿verdad, Burly? -terminó volviéndose hacia su carcelero. Se había detenido ante una puerta no muy alejada del sector de mandos de la nave.

El otro, que aún no les había dado una simple muestra de su voz, se limitó a asentir con la cabeza. La pareja se introdujo en el pequeño departamento, bastante amplio para una sola persona pero algo reducido para dos.

-Creo que nos arreglaremos, cariño -sonrió Laura, adivinando lo que pensaba su marido-. En el *Antares* teníamos menos sitio aún.

Bryan, sin contestar, se dejó caer pesadamente en una de las dos literas y cerró los ojos. Laura se sentó junto a la cabecera y estuvo un rato acariciándole la rojiza cabellera que ningún peine lograba domeñar. Conocía acuella actitud de su marido y se guardaba muy mucho de interrumpirle en sus meditaciones.

Media hora después, el joven abría sus azules ojos, clavándolos en el bello rostro de su esposa.

-¿Cesaron de rodar los engranajes? -inquirió ella.

Bryan hizo un gesto afirmativo, sonriendo levemente.

-Eso parece. ¿No darán de comer nunca en este cascarón? Asómate a preguntarle a *Bello Brummel*.

Laura rió alegremente, algo aliviada al observar el cambio obrado en su esposo, y se acercó a la puerta para abrir.

En el dintel aparecía Phil, con la mano levantada en ademán de ir a llamar con los nudillos.

-Prepárense. Despegamos dentro de cinco minutos. Cuando estemos en el espacio se les servirá la comida.

Un par de hombres estaban acomodando ante la puerta un sillón acolchado para que lo ocupase Burly. La puerta volvió a cerrarse bajo la mano de Laura, luego que la muchacha hubo musitado unas breves gracias.

CAPÍTULO X

Ya estaban en camino hacia Titán, el remoto satélite de Saturno. Las precauciones para la salida habían sido abandonadas. Mientras comían en su propio camarote, los ojos de Bryan no cesaban de recorrer todos los conocidos rincones del departamento.

-¿Qué buscas? -inquirió Laura.

Sin contestar, Bryan se levantó. Luego de un concienzudo examen, se volvió hacia la muchacha.

-Algo que, al parecer, no está aquí: un micrófono. Nadie nos escucha.

-¿Qué han de escuchar? Hugh conoce todos nuestros pensamientos...

-Pero ignora lo que se nos haya podido ocurrir después de nuestra entrevista. Y precisamente eso me preocupa. Es imprescindible hacer algo...

-¿Algo? ¿En qué sentido?

-Pero, ¿no lo comprendes? Cuando el misterioso individuo del *Antares* tuvo mi casco en su poder durante una hora, introdujo en él algunas modificaciones. Ahora, recapacitando sobre el asunto, he recordado que, al entregárselo a Hugh, su apariencia no era exactamente igual a como estaba la última vez que me fijé en él. Es algo que me ha llamado la atención de un modo inconsciente.

-¿Quieres decir que ahora sirve para alguna otra cosa?

-Con seguridad, y no puede ser sino una señal de alguna clase: un emisor de radio, sin duda. Nuestros misteriosos amigos previeron lo que haríamos nosotros. Sabían que éramos una presa apetecible para Hugh y que, más pronto o más tarde, les conduciríamos hasta él; probablemente ignoraban su paradero, como nosotros. ¡Pero el casco no funciona si yo no lo llevo puesto! Mi cerebro es el generador de electricidad que necesita. He de recuperarlo porque esa es la única probabilidad que nos queda de que capturen a Hugh y nos liberen a nosotros.

-¡Te matarán con seguridad, Bryan! -protestó ella, aferrándole del brazo al ver que se encaminaba a la puerta.

-Es necesario hacerlo, Laura. Hugh pretende dominar el mundo, y es capaz de conseguirlo si le dejamos solo. Somos lo único que se interpone en su camino.

La muchacha comprendió que no lograría disuadirle, e inclinando la cabeza, asintió.

-Está bien. ¿Puedo ayudarte en algo?

-Quizá. Espera un momento y lo veremos.

Abrió la puerta. El simiesco Burly permanecía apoyado en el mamparo al otro lado del corredor, y alzó los ojos hasta su rostro.

-Oye, Burly, ¿tienes un par de cigarrillos? Se me han terminado.

Sin pronunciar palabra, según al parecer tenía por costumbre, el gigantón echó mano a un bolsillo y extrajo un arrugado paquete. Su grueso brazo se tendió hacia la mano de Hill, que esperaba a respetable distancia, como temeroso de acercarse.

Pero, con gran sorpresa de Burly, Bryan no tomó el paquete sino que, aferrándole con ambas manos de la muñeca, tiró con fuerza hacia sí. El corpachón del guardián se adelantó antes de que su lento cerebro tuviera tiempo de dictar órdenes a las piernas para seguirle; Hill se inclinó ligeramente, apoyando el hombro en el amplio estómago de su presa y enderezó el cuerpo con rapidez para dar enorme impulso a la mole que se descargaba sobre él. Burly se encontró cruzando el espacio, sin saber cómo había ocurrido, atravesó el quicio de la puerta del camarote y cayó pesadamente de espaldas sobre el duro suelo metálico.

Bryan se precipitó sobre él, en tanto que Laura cerraba la puerta. El hombretón era duro, y pese a que el golpe hubiera sido capaz de matar a más de uno, Burly aún tuvo alientos para echar mano a la pistola. Un golpe con el canto de la mano sobre el caballete de la nariz, seguido de otro en la garganta, le quitaron bastantes ganas de pelea. La pistola salió despedida.

Pero no resultaba fácil la victoria con aquel mastodonte, capaz de soportar un formidable castigo. La sangrante nariz y la dolorida garganta casi le impedían respirar; sin embargo levantó una pierna como una columna, despidiendo a Bryan contra el camastro. El científico volvió al ataque, convencido de que, si no vencía inmediatamente, estaba perdido. Todas las reglas de nobleza estaban olvidadas por ambos contendientes. Bryan encajó un rodillazo en la ingle, y un puño como de hierro le causó un desgarrón en la mejilla; pero sus manos actuaban como martinetes, con la ventaja de estar encima, y pudo machacar a placer la cara del otro, terminando con un explosivo puñetazo en la mandíbula que hubiera bastado para arrancar la cabeza de cualquier otro.

Burly quedó desmadejado, respirando fatigosamente.

-¡De prisa! -jadeó Bryan-. ¡Trae algo para atarlo!

Las correas de seguridad proporcionaron la base de las ataduras. Segundos después, Burly estaba perfectamente empaquetado, y Bryan se había adueñado de su pistola térmica. Un pañuelo embutido en la boca del prisionero y sujeto con una tira de tejido, formó una magnífica mordaza; para completar le vendaron también los ojos.

-Eso desorienta mucho -afirmó Bryan, como si no hubiera hecho en su vida otra cosa que empaquetar bandidos-. Déjalo así, tendido boca abajo. Si trata de moverse, le tocas la cabeza con esto, como si fuera una pistola -le entregó una corta barra metálica-; y en caso de que intente liberarse de las ataduras o hacer ruido... le tocas con un poco más de fuerza. No temas matarlo, porque tiene el cráneo muy duro.

Sin consentir que la muchacha le limpiase los rasguños que tenía en el rostro y los nudillos, volvió a salir, encaminándose por remotos pasadizos y dando grandes rodeos, a la cámara del capitán de la nave. No en vano había vivido dos años dentro de los límites del casco del *Júpiter*. Eligió los lugares menos frecuentados, dada la hora, y en veinte minutos se hallaba separado únicamente por un mamparo de su ex-amigo. ¿Sería capaz éste de captar su pensamiento a través del tabique metálico?

En la duda prefirió no vacilar. De enérgica torsión descorrió el pestillo, abriendo violentamente la puerta estanca... y se precipitó de cabeza al suelo, rodando sobre sí mismo mientras un proyectil térmico atravesaba silbando el lugar que ocupara una décima de segundo antes. Bryan extrajo su pistola con fulmínea rapidez e hizo dos disparos en frenética sucesión. El primero alcanzó a Phil, casi partiéndolo por la mitad, mientras el otro iba a incrustarse en la mesa de control.

Una espesa humareda llenó instantáneamente el recinto, cuya puerta de resorte había vuelto a cerrarse. El hedor de carne, metal y plástico chamuscados le hizo toser violentamente y los ojos se le llenaron de lágrimas.

Un cuerpo humano cayó sobre él. ¡Hugh Simpson! Estrechamente abrazados rodaron de un lado a otro, golpeándose con saña. La pistola desapareció en la confusión, lo mismo que la de su adversario.

Bryan, en circunstancias normales, hubiera podido deshacerse de Simpson con relativa facilidad; pero su enemigo adivinaba todas sus acciones antes de que él hubiera tenido tiempo de fijarlas en su mente, bloqueando sus golpes con casi sobrehumana habilidad. Únicamente los movimientos instintivos de Bryan no encontraban la adecuada respuesta, y así podía aplicar algún castigo a Simpson; pero era indudable que él llevaba la peor parte.

Ahogándose, respirando dificultosamente, sangrantes y doloridos, se tambaleaban de un lado a otro, casi sin verse en medio de la punzante atmósfera que los purificadores no lograban despejar con la suficiente rapidez. La puerta se abrió de golpe, y alguien exclamó con asombro:

-¿Qué ocurre aquí? ¡Jefe! ¡Señor Simpson!

La nueva corriente de aire hizo oscilar la masa de humo, permitiendo que la sustituyera en parte la limpia atmósfera exterior. El recién llegado pudo ver los dos cuerpos que se agitaban en el suelo, junto a otro completamente inmóvil y destrozado. Sin perder un segundo corrió en auxilio de su superior.

Bryan Hill no se rendía con facilidad, pero el nuevo enemigo no era un alfeñique y tenía íntegras todas sus fuerzas. Entre ambos pronto le tuvieron inmovilizado y semiinconsciente a causa de la formidable paliza recibida. Una niebla, que no era totalmente producto de los proyectiles térmicos, le

envolvió, introduciéndose en su cerebro.

Como desde una gran distancia, le llegó la voz de Simpson:

-¡Termina con él, pero no lo mates! ¡Yo me haré cargo de la sala de máquinas! Esto está destrozado.

Otra vez Bryan se encontraba con un solo adversario. Cumpliendo las órdenes recibidas, éste se sentó a horcajadas sobre su espalda y dedicó todas sus energías a retorcerle cruelmente un brazo. Hill creyó que pensaba arrancárselo.

-¿Tienes bastante ya, Hill? -preguntó el otro, ejerciendo una brutal presión que arrancó un gemido a Bryan.

Pero el joven no pensaba rendirse mientras le quedara un átomo de consciencia: era demasiado lo que se jugaba. Reuniendo sus dispersas fuerzas, arqueó la espalda en un intento de librarse de su atormentador.

No experimentó sorpresa alguna al comprobar que la presión desaparecía de su espalda, ni tampoco cuando se encontró clavado contra un rincón, entre dos mamparos y el suelo. Demasiado aturdido para fijarse en estas minucias, realizó sobrehumanos esfuerzos por ponerse en pie, y de pronto se vio volando como un proyectil hacia la pared opuesta.

De un modo instintivo, más que consciente, interpuso los brazos para detener el choque. Un hueso se quebró con terrorífico chasquido, pero eran tantos los dolores que experimentaba que más no hizo mella alguna en él. Lentamente, como flotando, se apartó hasta quedar en medio de la estancia.

Tal vez fueran los agudos pinchazos de la clavícula fracturada lo que despejó algo su nublado cerebro. Bryan se encontró cayendo muy despacio hacia uno de los mamparos laterales, que ahora era el punto más fuerte de atracción gravitatoria. El campo de gravedad artificial del *Júpiter* había desaparecido, le dijo su entrenamiento espacial. El cadáver de Phil estaba en un rincón, humeando todavía intensamente, mientras su último enemigo yacía a su lado con la cabeza retorcida en extraño ángulo. Ahora comprendió: su movimiento por librarse de él había sido simultáneo con alguna imprevista maniobra de la nave, tal vez una aceleración combinada con la desaparición del campo gravitatorio. Sus esfuerzos por librarse de aquella presión, cuando estaba aturdido, se sumaron a la subsiguiente falta de gravedad y salió despedido...

-Bien -se dijo filosóficamente, mientras llegaba a tomar contacto con el mamparo-. Hubiera podido matarme. Aún he de dar gracias al cielo.

Con sumo cuidado de no realizar ningún movimiento enérgico que le llevaría a salir volando en cualquier dirección, se sujetó el brazo inútil y luego recogió una de las pistolas. El cuadro de control estaba totalmente destrozado por el proyectil térmico.

Un leve y bien calculado salto le llevó junto a la puerta. Abrió; en la pared de enfrente aparecía un boquete enorme, causado por el disparo de

Phil. A través de él le era posible ver la gran sala de máquinas, en la que varios hombres, sólidamente sujetos con correas a sus asientos, atendían los controles. Uno de ellos volvió la cabeza en aquel momento hacia alguien que no estaba visible para Bryan.

-Disminuye la presión atmosférica, señor Simpson -anunció-. Por el boquete de proa ha escapado mucho aire, y sigue escapando aún.

-Poneos los trajes de presión -ordenó la voz de Hugh-. No conviene utilizar los tanques suplementarios de aire, porque nos veríamos obligados a regresar para reponerlos. Y el regreso nos está prohibido.

Bryan comprendió lo que venía a continuación y, aunque hubiera deseado quedarse un poco más para saber qué ocurría, prefirió correr hacia su camarote. Laura estaba allí, indefensa, y era necesario que llegara hasta ella antes de que se cerraran las puertas que aislaban las distintas secciones en caso de pérdidas considerables de aire.

¡Demasiado tarde!

Apenas andados unos pasos, encontró su camino obstruido por un hermético mamparo de metal. Un proyectil térmico hubiera podido taladrarlo, pero quedaban otros detrás de aquél y era necesario esperarse en cada uno a que la temperatura hubiera descendido lo bastante para no achicharrarse al pasar.

Tal vez fuera simple imaginación suya, pero le parecía encontrar dificultades con el aire. Rápidamente retrocedió a la estancia donde librara su batalla: era la única de aquella sección donde podía encontrar un mediano refugio. Cerró la puerta hermética y, con grandes dificultades a causa de la clavícula fracturada, pudo obstruir los conductos de los ventiladores.

Estaba, posiblemente, en una tumba, acompañado de dos cadáveres: quizá antes de mucho fueran tres.

El *Júpiter* era sacudido de vez en cuando por horrísonas explosiones. Bryan se acomodó en el sillón de Simpson, tratando de hacer los menores movimientos posibles para disminuir sus necesidades de oxígeno. Los bandazos eran formidables, y a no sujetarse con las correas de seguridad, se hubiera roto la cabeza contra cualquier lado.

Era indudable que se estaba librando una batalla. El *Júpiter* habría sido atacado por la Flota Espacial, pero ¿cómo? ¿De qué medios se habían valido para localizarlo, cuando disponía de los más modernos aparatos para evitar la detección? Al menos eso captó Bryan de la mente de Simpson durante su entrevista. Además estaba fuertemente armado y su velocidad podía competir con ventaja con la de cualquier otro aparato del Sistema Solar.

Un fantástico crujido le indicó que el *Júpiter* no navegaría más: la tensión de las frenéticas maniobras, sumada a algún punto débil causado

por las heridas de la batalla, había acabado por partirlo casi por el centro.

Pero seguía resistiendo, y el escaso aire respirable lo era cada vez menos. Bryan se desabrochó el cuello: el calor era insoportable. Le pareció que llevaba días, meses, allí dentro, inmóvil, escuchando mientras trataba de adivinar los acontecimientos, y sin poder asomar porque sabía que aquél sería su último movimiento en este mundo. Fuera debía reinar ya casi el vacío sideral.

Por fin inclinó la cabeza sobre el destrozado tablero que tenía delante, y perdió el sentido...

* * *

El despertar le fue agradable. Al principio creyó encontrarse en el cielo, reunido nuevamente con Laura. Pero la sonrisa de ésta le convenció de que, por algún milagro, ambos habían salvado la vida.

-¿Dónde hemos venido a parar?

-Estamos en el *Antares*, querido -repuso ella-. El buque insignia del Almirante Benson.

-¿Benson? ¿No estaba detenido en la Tierra?

-Sí, pero el general Ranke le rescató a tiempo de...

-¡Oye, Laura! O yo me he vuelto loco o me estás hablando de cosas imposibles. ¡El general Ranke se suicidó en la Luna!

-Eso hizo creer a todo el mundo. El cuerpo que encontraron en su despacho era el del coronel Addison, que aún después de muerto prestó un buen servicio a la Flota. Al parecer los agentes de Hugh trataron de chantajearle para que obstruyera el trabajo de Addison, e involuntariamente contribuyó a su asesinato. Por fin reaccionó, y fue él quien nos condujo a bordo del *Antares*, quien habló contigo y, finalmente, nos siguió cuando nos marchamos como esperaba. Desde su navecilla igual que la nuestra, nos tuvo localizados y permaneció en contacto con su flota mientras éramos capturados. Tenías razón en lo del emisor instalado en tu casco, pero no en que fuera necesario que lo llevaras puesto: en realidad lo habían dotado de pilas, previendo el remoto, pero probable, caso de que te mataran.

-Entonces, Ranke nos ha empleado como cebo para localizar a Hugh...

-Algo así... ¡no te muevas, Bryan! Estás muy débil. Cuando te recogieron no quedaban ni tres átomos de oxígeno libre en la habitación. Yo tuve un poco más de suerte, pues me pude agenciar trajes de presión.

-Continúa explicando...

-No queda mucho por decir. Ni el mismo Mike Williams sabía lo del escondite en las Rocosas. Al parecer, el proyecto de Hugh era desembarazarse de un socio sin inteligencia, con que se había visto obligado a pechar.

-¿Y Hugh? -inquirió Bryan. Pese a lo ocurrido, deseaba que no le

hubiera ocurrido nada a su ex-amigo.

-Ha muerto. Al ver que todo estaba perdido ya, se lanzó por una escotilla de salvamento, poniendo a todo gas los cohetes individuales de su traje espacial, y luego se ha cortado el suministro de aire. No le han podido pescar hasta varías horas después. Tanto él como su *krull* estaban muertos.

-Lo siento. Debió enloquecerle el poder que accidentalmente había adquirido. Sin embargo no puedo olvidar que en tiempos fue un buen camarada.

-Mason y Hoare también han caído. Al parecer pretendieron asustar a los que les pedían cuentas de su actuación, llegando incluso a encarcelarlos. Pero la huida de Hugh y el golpe de mano de Ranke, liberando al Almirante, les desconcertó. Un alto jefe militar de la Tierra, no sé quién exactamente, se puso al habla con los dirigentes de la Fuerza del Espacio y, si bien no quedó muy convencido de las explicaciones que le dieron, sí fue suficiente para que decidiera no intervenir en el conflicto si la flota atacaba la Tierra. No creo que haya grandes dificultades en solventar ahora esa cuestión... ¡Ah, otra cosa! Benson y Ranke tienen mucho interés en hablar contigo en cuanto te halles en condiciones.

-¿Para qué?

-Al parecer, alguien ha tenido la misma idea que Hugh: el casco que inventaste por casualidad puede hacerse servir como transmisor directo del pensamiento, sin necesidad de un *krull*, mediante algunas modificaciones. Desean que te encargues tú de investigar el asunto.

Bryan dibujó en su rostro una expresión resignada.

-Lo haremos, ¿qué otro remedio queda? Luego se servirán de él para privar a la Humanidad de un poco más de vida íntima...

-No lo creas... del todo. Piensan dedicarlo a establecer contacto con otros seres inteligentes más allá del Sistema Solar. Están preparando una expedición a Alfa Centauri, probablemente para dentro de un año.

-¡Entonces está claro! Nos apuntamos a la expedición. Siempre resultará más fácil tolerar las órdenes de unos cuantos oficiales, que la casa de locos en que se está convirtiendo la Tierra y sus alrededores.

F I N

224

La pluma amena de uno de los más intere-
santes autores del género, describe de manera magistral la lucha por la conquista de la Luna.

EDWARD M. PAYTON

ha plasmado en una palpitante historia, la odisea de dos tripulaciones espaciales, una rusa y otra americana al llegar juntas al satélite.

PRISIONEROS EN LA LUNA

une a la narración más apasionante, la visión más acertada del futuro espacial, junto con los datos científicos más rigurosos expresados en lenguaje vulgar.

EDWARD M. PAYTON

escribe para usted en un alarde de imaginación y rigurosidad científica

PRISIONEROS EN LA LUNA

que en su próximo número publicará la colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **7** *pesetas.*

Distr. en Argentina por ALFIL, S. A. Maipú, 924. Bs.